

16

16

16

16

16

16

16

16

16

16

16



8-50
J. SANCHEZ DE NEIRA

LOS TOREROS

DE

ANTAÑO Y LOS DE OGAÑO

SEGUNDA EDICION

MADRID

IMPRESA DE PEDRO NUÑEZ

32 — PALMA ALTA — 32

1884

+

LOS TOREROS
DE
ANTAÑO Y LOS DE OGAÑO

2

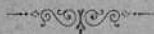
LOS TOREROS

DE

ANTAÑO Y LOS DE OGAÑO

POR

J. SANCHEZ DE NEIRA



MADRID

IMPRESA DE PEDRO NUÑEZ

32 — PALMA ALTA — 32

1884

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

AL CÍRCULO RECREATIVO

DE LA HABANA

Cuando, al constituirse esa ilustre Sociedad, me honró aclamándome Socio honorario de la misma, sin conocerme y sin más mérito por mi parte que el de ser autor del DICCIONARIO tauromáquico, concebí la idea de escribir la presente obrita, dedicándola á mis Consocios en testimonio de agradecimiento, á tan para mí querida distincion.

Acójala, pues, el CÍRCULO con tanta benevolencia como entusiasmo tiene por nuestra fiesta nacional, y cuente siempre con el cariño y alta estima de su Consocio,

El Autor.

ADVERTENCIA

Ha dicho, con mucha razon, mi buen amigo el distinguido literato D. Manuel Ossorio y Bernard, al frente de una de sus más preciosas producciones, que cuando una obra es aceptable no necesita prólogos, y cuando es mala no la salvan.

No llevará por esto el presente libro prólogo alguno; pero creo indispensable decir algo, *al que leyere*, acerca de la intencion que me ha guiado al escribir los preliminares y consecuencias de una corrida de toros hace noventa años y los de otra moderna: que de intenciones nadie puede juzgar atinadamente si no las expone quien las concibió.

He querido, si bien no estoy persuadido

de haberlo completamente logrado, pintar la diferencia de costumbres taurinas de entonces, comparadas con las de ahora, y nada más; sin que se me haya ocurrido, aunque alguien lo piense, tener en ménos á los que hoy viven, de los que ya dejaron de existir. Que no se ofendan, pues, las corporaciones, los aficionados, ni los toreros, de quienes hablo en la segunda parte, si comparando sus actos con los relacionados en la primera, encuentran en estos más formalidad, ménos presuncion y más deseos de cumplir sus obligaciones; yo no tendré culpa de que la gente ociosa suponga en la antigua Maestranza más acierto y desinterés que el demostrado por el imaginario Cabildo que he pintado; en los aficionados más inteligencia y en los revisteros más conciencia y ménos *sans façon*.

En cuanto á los toreros ¿cómo evitar que los criticones vean que hoy cobra el matador *quince* veces más cantidad de la que antiguamente cobraba, y el picador ménos de la mitad de lo que entonces percibia? ¿Qué he de contestar á los que dicen que si las necesidades de la vida moderna se

han aumentado, este aumento lo ha sido de igual modo para unos que para otros? ¿No se oye decir todos los días: cobren enhorabuena los modernos espadas lo que crean conveniente, pero trabajen tanto más cuanto más aumenten sus exigencias? ¿No añaden: si Pepe-Hillo ganó una onza por matar un toro, ganen ellos seis, ya que los tiempos son otros, pero no 20 ó más; procuren agradar, ser modestos y guardar para la vejez, en vez de ser soberbios y vanidosos, sin fundamento ni motivo para ello? ¿Y no repiten en todos los tonos los aficionados murmuradores, cuando hablan de la gente de á caballo, fueran como los antiguos, y ellos se impondrían á empresas y matadores?

Nadie, como yo, aprecia en lo que valen á los toreros: por temperamento soy *blando* con ellos, y sé que hay muchos pundonorosos, honrados y trabajadores. Contra esos no va este libro.

Cada uno haga las observaciones que bien le parezcan; yo no quiero hacer ninguna *comparando*; vuelvo á decir que á nadie quiero ofender; pero si alguno se me

encara, creyéndose aludido, le contestaré
con el célebre fabulista:

A todos y á ninguno
mis advertencias tocan;
quien haga aplicaciones
con su pan se lo coma.

ANTAÑO

CAPÍTULO PRIMERO

Preliminares.

En un día del mes de Mayo de 1793, que si en todos los puntos de España es el de temperatura más agradable, en Sevilla es delicioso por el perfumado ambiente que exhalan las hermosas flores que por doquier abundan, hallábanse en el piso bajo de un antiguo palacio, sobre cuyo ancho portal estaba colocado un grande escudo de armas nobiliarias, casi borrado por la inclemencia del tiempo, tres caballeros de mediana edad, con pelucas empolvadas, casacas de terciopelo y ricos vuelecillos y chorreras de encajes finos de Almagro.

El de más edad, y téngase en cuenta que no pasaba de los cuarenta años, ocupaba el sitio principal ó sea el testero de una gran mesa cubierta de hule negro, con guarnicion alrededor de rico damasco de seda carmesí, y sobre la cual habia una grande escribanía de plata, de cuyo centro se destacaba una enorme campanilla de tan preciado metal.

No hace al caso, y para el objeto que nos proponemos á nada conduce, designar los muebles de la habitacion, ni dar acerca de su colocacion, gusto y riqueza, los detalles que la novela exige y que sobran en nuestro concepto, á relato tan verdadero como es el nuestro.

Diremos, pues, que aquellos señores, á juzgar por el atento cuidado que á la conversacion prestaban, y por el animado diálogo que entre sí sostenian, debian tratar de importante asunto, que si no afectar pudiera á su

honra, á sus intereses cuando ménos debiera tocar de muy directa manera; es verdad, y el lector nos permita esta digresion, que en aquel tiempo sobra-
ba la formalidad que ahora falta para todo.

Eran los tres señores de quienes vamos hablando, el Teniente y caballeros Diputados de la Real Maestranza de Sevilla, y el objeto de su reunion el de arbitrar recursos para allegar fondos con que atender en parte á los grandes gastos que pesaban sobre tan noble y alta Congregacion. Desde luego se inició el medio que siempre ha sido más seguro y eficaz para conseguir aquellos fines, hablando el Sr. Teniente en los siguientes términos:

—Saben VV. SS.,—rara vez entonces prescindian del tratamiento los que le tenian,—que el estado del peculio de nuestra Congregacion, aunque no esté exhausto y mucho ménos alcanzado, exige como prevision para futuras

atenciones, aumentar el caudal de reserva, como nuestras Constituciones previenen y como S. A. R. el Serenísimo Señor Infante D. Felipe, de feliz recordacion, lo encargó siendo nuestro primer hermano mayor despues de la reforma de aquellas (1). El fué el que ante todos los hermanos de entonces, acudió con generosa solicitud á prever necesidades, penetrado, como todos lo estamos, de que si la caballería española ha de ser, como lo ha sido hasta ahora, la primera del mundo (2), hemos de cumplir todos con empeño lo que mejor convenga al lustre y bienestar de la Real Maestranza, á que tenemos la alta honra de pertenecer. Hechas estas observaciones, señores Diputados, propongo á usías la celebracion de una corrida de toros.

Los semblantes de los dos Diputa-

(1) En 1731.

(2) Exordio de dichas Constituciones.

dos se animaron extraordinariamente; manifestaron con una inclinacion de cabeza su conformidad más absoluta, y antes de que usaran de la palabra, hizo un ademán conteniéndolos el señor Teniente, que abriendo una descomunal caja de oro ovalada, con precioso esmalte en su tapa, la presentó á sus oyentes, quienes lo mismo que el dueño de tan soberbia alhaja, sacaron un polvo de rapé, le tomaron, y sacudiéndose la chorera continuó la conversacion tranquila y reposadamente.

Ya que nuestra Real Maestranza debe á la magnificencia del Señor Rey Don Felipe V (q. s. g. h.) el especial privilegio de la concesion de un «perpetuo arbitrio en dos fiestas de toros en cada año, á fin de que su producto sirva para los gastos y dispendios que tuviere en su conservacion, adelantamiento y observacion de su instituto,» como á VV. SS. consta, pues que la carta obra en poder de nuestro archi-

vista, aprovechémonos de tan señalado favor, como en años anteriores. ¿Alguno de VV. SS. tiene razon fundada que exponer en contra?

—Ninguna, dijo el más jóven; pero tengamos en cuenta que el mal año ha hecho que los granos y los pastos encarezcan notablemente, y más subidos de precio estarian los primeros si el muy ilustre Sr. Asistente de Sevilla, no hubiere fijado tasa, en favor del vecindario y evitando usuras de acaparadores.

—Es verdad, añadió el otro Diputado. Las réses que se lidien y los caballos que deban utilizarse han de ser forzosamente caros y no tan buenos acaso como los de años anteriores. Sin embargo, la venerable comunidad de PP. Dominicos de Jeréz, cuya ganadería de réses bravas es tan famosa (1),

(1) Cartel de la época que posee el Sr. D. Francisco de Reina, notabilísimo aficionado.

tiene pastos propios y abundantes, y pudiera escribirse atentamente al M. R. P. Prior, rogándole que teniendo en cuenta el objeto á que han de destinarse los productos de la funcion, que no es otro, como es sabido, que el atender al mantenimiento de picadores notables y experimentados que al mismo tiempo que corrijan defectos de ginetes, domen, adiestren y fomenten la hermosa raza caballar andaluza, cuyos adelantos por el esquisito esmero y cuidado de nuestra Real Maestranza son visibles, se sirva facilitarnos toros de su vacada al precio que en años anteriores nos los dió, y que no recuerdo en este momento.

—Si la memoria no me es infiel, costaron cada uno 140 ducados, encerrados en Tablada.

—Pues bien, aceptado el pensamiento de dar una corrida de toros, siguió diciendo el jóven Diputado, debemos procurar que tenga el mayor lucimien-

to posible. ¿No es así? En tal inteligencia, ¿qué varilargueros parece á V. S. que llamemos á tomar parte en la fiesta?

—Salvo el mejor parecer del señor Teniente y de los demás Maestranes, propongo al renombrado Juan Amisas, cuyo brazo de hierro corre parejas con la soltura de su cuerpo á caballo; y al mejor ginete que yo conozco de los que han pisado cosos. Me refiero al famoso Ortega.

—¿Juan?

—No, Laureano, cuya mano izquierda no tiene rival. Ambos picadores, aunque sean más gratificados que otros, cuestan ménos, porque se dejan matar pocos caballos, y al mismo tiempo demuestran arte, valor y pujanza. No tengo interés por otros, pero como han de ser necesarios otros dos que funcionen por la mañana y aun por la tarde, caso desgraciado de que nos libre Nuestra Santa Patrona la Reina

de los Angeles, Vírgen sagrada de los Remedios,—y todos inclinaron la cabeza—pudieran traer, Amisas á su hijo, que es mozo que promete seguir los pasos de su padre, y Laureano Ortega á Bartolomé Carmona, que es su amigo y á quien tengo gana de ver, porque elogian mucho su serenidad y sangre fria, al mismo tiempo que su gallarda figura.

—No vemos inconveniente, contestaron á una voz los otros interlocutores.

—Se pagará á los últimos 100 ducados á cada uno por la corrida, dijo el Teniente, y á Ortega y Amisas (padre) 150, que es lo que nuestra Hermandad ha dado siempre á los primeros, y que nosotros no debemos escatimar ahora, por lo mismo que es mal año, con perjuicio de los pobres. ¿Y matadores?

—¡Si pudiéramos traer á Pedro Romero! Pero le retiene en Madrid la

Real Junta de Hospitales, y ni él puede faltar á su compromiso, ni aquellas autoridades le permitirían que dejase de cumplirle, y harían bien encarcelándole si tal pensara. ¡Libre Dios á nuestra Real Maestranza de ser causa de perjuicio para nadie y mucho ménos para los pobres Hospitales!

—Con permiso de VV. SS., y respetando pareceres, vale mucho más que Romero, el de Ronda, nuestro paisano *Costillares*, que es un maestro en toda la extension de la palabra (1),

(1) Un periódico de aquella época publicó la siguiente décima:

Entre todos los censores
del famoso Costillares,
aunque se encuentren millares
son muy pocos los señores.
Estos forman, superiores
juicios, que el vulgo chispero,
el cual adicto á Romero
por capricho y por antojo,
aplaude el bárbaro arrojo
y vitupera á un torero.

A. R. I. F. E.

que aquél no tiene de torero otra cosa que el temerario arrojo, aplaudido por los chisperos y gente baja.

—Perdone V. S., replicó el jóven, si le digo que entiende poco del arte de torear al oír que Romero sólo tiene valor ó temeridad. No niego el mérito del Sr. Joaquin, pero sí afirmo que nunca llegará á donde raya Romero, que recibe y aguanta los toros á pié firme como ninguno, y que en el manejo de la muleta es inimitable, ya llevándola horizontalmente al compás del ímpetu del toro, ya llevándola rastroera como barriéndole el piso donde ha de caer ó que ha de besar mal de su grado: aquella muleta que siempre huye y nunca se aleja de los ojos de la fiera, que á veces la obedece como un caballo al freno (1). La seguridad de Romero no la tiene nadie, ni su gran golpe de vista, ni...

(1) *Diario de Madrid* del 17 de Octubre de 1789.

—Pero es un hombre ordinario, toscó...

—¿Y qué tiene que ver...?

—Señores, dijo el Teniente interrumpiendo; no es ocasión de aquilatar el mérito de los estoqueadores que hoy se disputan el primer puesto en el circo. Ya que Romero no puede venir, llamaremos á Joaquin Rodriguez y á José Delgado, acerca de cuya destreza no cabe duda.

—¡Psh..! En cuanto á banderillas, capeos, recortes y galleos, pero matando....

—Bien, hermano, bien; sea como V. S. dice, mas repito que no es ocasión de elogios ni censuras. Lo mismo Rodriguez que Delgado ganarán cada uno 200 ducados, y además se les darán otros 200 para el pago de los peones de su cuadrilla. La manutención de todos los lidiadores, con alojamiento decente y limpio, no costará ménos de 50 ducados por tres días,

y no sabemos á cuánto ascenderá el coste de las casaquillas, chupas y calzones de grana fina con galones y caireles de plata que no solo han de usar los varilargueros y toreros de á pié, sino todos los dependientes de la plaza. (1) Sobre esto, el Sr. Diputado primero procurará informarse y obrar segun proceda: V. S. se encargará,—dirigiéndose al otro Diputado—de examinar el estado en que se encuentren las colgaduras y adornos del palco de respeto de nuestro Serenísimo Señor Hermano mayor, para acordar en su caso que se compongan ó hagan nuevos.

—Encargo á VV. SS. que sin escatimar tanto que el intentar ahorro parezca mezquindad impropia de nuestra digna é ilustre Congregacion, eco-

(1) Por el art. 11 de la parte 3.^a de las Ordenanzas de la Real Maestranza de Sevilla, se previene la obligacion de facilitar trajes de dicho color y adorno á los toreros y dependientes.

nomicen gastos, para conseguir el mayor producto posible de la fiesta acrecentando los fondos de la corporacion que en esta ocasion representamos.

—Paréceme, Sr. Teniente, y le suplico me perdone si le atajo, que hemos olvidado un punto muy importante. La plaza que há mucho tiempo construyó la Ciudad de Sevilla en Tablada, que aún se conserva para los ejercicios de la gineta y la lid de los toros, de donde es verosímil adquirió ese sitio el nombre de Toril (1), está sumamente deteriorada, es verdad; pero con poco gasto podria habilitarse y dar en ella la fiesta, jugando además cañas algunos cáballeros hermanos, lo cual contribuiria al mayor esplendor y producto, porque la nueva plaza que hace ménos años (2) edificó

(1) Rodrigo Caro, fóllo 25.

(2) En 1760.

por su cuenta nuestra Real Maestranza, no tiene por su forma circular las ventajas que la cuadrilonga para aquella clase de juegos, ni para la visualidad de la entrada de los escuadrones, los escarceos de los ginetes.....

—Perdone V. S., no tenemos facultades para cambiar el sitio de la lidia, ni hay hoy medios de celebrar la fiesta corriendo cañas ni haciendo ejercicios de la gineta; porque es muy escaso el número de caballeros maestrantes residente en Sevilla, y faltaria la animacion y el aparato que son de rigor para tales funciones. Con el fin de que los productos de la que ahora se proyecta no tengan quebranto, la Real Maestranza de Sevilla percibirá íntegros los que rinda la entrada pública, y los Sres. Maestrantes cumplirán la honrosa obligacion de obsequiar á cualquier otro caballero de otra Maestranza, si á la funcion viniere, como lo han hecho siempre, de su bol-

sillo particular, que los fondos comunes no deben distraerse de su objeto ni aun considerando como ménos producto de la función el coste del asiento en la plaza y el del obsequio.

—Conformes en todo, Sr. Teniente; y quiera Nuestra Santísima Virgen del Rosario, patrona de la Real Maestranza, concedernos el favor de iluminarnos para el logro más acertado de nuestro proyecto.

—Así sea, contestó el Teniente.

Murmuraron los tres por lo bajo, y con la vista fija en el suelo por espacio de unos dos minutos, un Ave-María, se santiguaron, y con ceremonioso cumplido se despidieron á un tiempo los dos Diputados de aquel superior en categoría, que con cierta prosopopeya los acompañó hasta el dintel de la puerta de salida, donde se reprodujeron las cortesías más de dos veces.

A pocos pasos marcharon en distin-

tas direcciones aquellos señores graves, muy graves en la aparente etiqueta que usaban, bien distinta por cierto de la que consiente la edad á quien no pasa de una treintena de años.

CAPÍTULO II.

Los ajustes.

En la misma casa, y en el mismo salon en que pasó la escena que el capítulo anterior describe, encontrábanse, tiempo más adelante, los señores Maestranes que nuestros lectores han conocido. Ocupaban los mismos puestos al rededor de la gran mesa, y el que presidia aquella pequeña reunion, con agradable voz y extremada afectacion en el modo de emitirla, tosió dos veces como el orador que de igual manera prepara la atencion de sus oyentes, y empezó diciendo:

—Señores: Nuestros trabajos para la funcion de toros marchan perfecta-

mente hasta ahora, gracias al favor del cielo y á la diligencia que VV. SS. han mostrado en pró de los intereses de nuestra muy ilustre y Santa Congregacion. No me he descuidado tampoco en lo que á mí toca para cumplir mis deberes, y como ya he indicado á VV. SS., hoy, á las diez, vendrán á esta casa para oir nuestras proposiciones, los varilargueros Ortega y Amisas. Despues vendrán los estoqueadores José Delgado y Joaquin Rodriguez con igual fin, y tanto á aquellos como á estes, juntos y sin recibir ni ajustar primero al uno que al otro, les hablaremos del objeto para que son llamados, aunque por la pública voz de la ciudad que tanto se preocupa de nuestra gran fiesta, deben saberlo sin duda alguna. ¡Parece á VV. SS. que se les haga entrar, si han venido ya, puesto que ha sonado la hora para que se les ha citado?

—Como V. S. guste; á Ortega le

he visto al entrar aquí, paseando con otro su camarada por la calle en actitud de espera.

Tomó entonces el Teniente, Hermano mayor, que no era otro el Presidente, la campanilla que formaba el centro de la gran escribanía de plata que sobre la mesa relucía, la agitó suavemente, y al oír su sonido, se presentó en la puerta un lacayo de librea de respetable y vetusta representación.

—Señor... dijo inclinándose.

—Vea Vd. si han llegado cerca de casa unos toreros de á caballo á quienes se ha citado para la hora de las diez.

—Señor, há largo rato esperan las órdenes de V. E. los que han dicho llamarse Ortega y Amisas.

—¿Quién los acompaña?

—Nadie, señor. Preguntaron por V. E. antes de las diez y han estado paseando la calle... con mucha inten-

cion de hablar á la Sra. Marquesa que vive enfrente, que no ha mostrado ménos por verlos desde las celosías de su ventana del piso bajo.

—Nada de eso nos importa. Llámelos Vd. y que pasen, dijo aquél señor, que sonrió con sus compañeros tan luego como el lacayo volvió la espalda.

—Servidor de VV. EE., dijeron á una voz, sombrero en mano, dos hombres altos, morenos, fornidos, vestidos casi de igual modo, cuyas chivatas en que habian entrado apoyada la mano, dejaron junto á la puerta.

Era el uno de escasos treinta años, pelo negro, recogido atrás con ancha trenza contenida en negra cofia de seda, ojos negros y expresivos, nariz aguileña, ancho de espaldas, robusto de hombros, más bien alto que bajo, pero de ménos estatura que su compañero. Llamábase Juan Amisas.

Era el otro, como hemos dicho, moreno tambien, de ojos garzos, boca

sonriente, expresion dulce, pelo castaño, alta estatura, y aunque fornido, se notaba en él cierta esbeltez de formas que aumentaba la soltura de sus movimientos. Este era el célebre picador de toros Laureano Ortega y Lopez, varilarguero entonces afamado (1).

Sus trajes eran iguales, segun antes indicamos. Casaquillas y calzones de oscuro y bien curtido estezado, chupillas de lama, botines de correal, zapatos de cordobán y ancho castoreño blanco. Limpias eran sus camisas con pronunciadas chorreras, pero no las completaba boton ni alhaja de metal alguno.

Colocados ambos de pié, á cierta distancia de la mesa, y frente al señor Teniente, Hermano mayor, tomó éste la palabra, y con tono hueco y campanudo, les dirigió la siguiente perorata:

(1) Los aficionados de Madrid Sres. Carmona y Sanchez de Neira, poseen dos autógrafos perfectamente escritos por este célebre lidiador.

—La Real Maestranza de Sevilla, conociendo la habilidad de Vds., les ha llamado para que trabajen juntos en la corrida de toros que se celebrará en la plaza de esta ciudad, el primer domingo del próximo mes de Octubre, día de Nuestra Señora del Rosario, excelsa patrona de la Hermandad. Ha dispuesto que se les provea de los caballos necesarios, y que al día siguiente de la función se paguen á cada uno 100 ducados, que cobrarán en plata, en casa del Sr. Diputado de plaza; que se les regale, según costumbre, un vestido completo de grana con botones y galones de plata (1) y se les costeará la manutención y estancia durante tres días, á cuyo fin todo estará dispuesto en el Meson de la Solana, calle del Santo Rey Hermenegildo. Vd., señor Amisas, puede traer á su lado,

(1) Cap. 2.º de la tercera parte de la Regla de la Real Maestranza.

para que tambien trabaje, á su hijo, que ganará 90 ducados con las demás idénticas ventajas para Vds. referidas, y el Sr. Laureano Ortega, satisfaria mucho los deseos de la Hermandad si trajera al picador Carmona con las mismas condiciones. ¿Tienen Vds. algo que exponer?

—Mi hijo vendrá y hará lo que sepa, que no es poco aunque yo lo diga.

—Bien: ¿y Carmona, Sr. Ortega?

—Espero no me desaire, señor: hoy mismo le escribiré á la córte adonde ha ido á trabajar, y espero tener contestacion afirmativa dentro de quince dias. Aunque faltan más de cuatro meses para la funcion, si V. E. lo permite, quisiera preguntar...

—Diga V. lo que le parezca.

—¿Cuanto vá á ganar Bartolomé Carmona?

—Ganará como Juan Amisas menor, 90 ducados.

—Señor, para la Hermandad tanto

montan veinte ducados más ó ménos, y para nosotros..... tambien, pero..... hay que hacerse cargo... de que los hombres se resienten.... que su persona se rebaja, valiendo tanto como otra... y que Carmona es tan buen picador como el primero. Además, Juanuyo Amisas es un varilarguero que vale mucho y aventajará á su padre y tambien debe ganar... Vamos, que todos debemos ser iguales, aunque cada uno conserve su puesto.

—Esa conducta le honra á V. Los varilargueros cobrarán todos igual cantidad y tendrán las mismas adealas.

—Y los caballos, señor, ¿desde cuándo los tendremos á nuestra disposicion?; porque hay que probarlos y conocerlos bien, arrendarlos segun su boca y génio y hacerlos á la mano.

—Desde ocho dias antes de la funcion podrán Vds. probar y montar cuando quieran, hasta 20 caballos.

—Muchos son para 14 toros; pero

si la Real Maestranza así lo ha dispuesto, bien hecho está. Nosotros tenemos sólomente seis garrochas y nos han de sobrar más de cuatro.

—Eso no, dijo interrumpiendo el Diputado de plaza, que era el más joven. Las varas de Vds. no pueden usarlas; tienen que servirse de las que la Maestranza les dé. Está ordenado así (1) en nuestros Reales Estatutos y no podemos faltar á ello. Podrán ustedes examinarlas, sin embargo, y hacer las observaciones que les parezca.

—Es igual, dijo Amisas. Salud haya, que brazo no falta, ni deseos de cumplir tampoco.

—Lo sabe la Real Maestranza; y los Diputados presentes se reservan proponer al Sr. Teniente Hermano mayor y á quien más fuera necesario,

(1) «No consintiendo á los que hubieren de dar la vara larga el que la elijan.»

Dicho capítulo 2.º de la Regla impresa en Sevilla en 1732.

la concesion en favor de Vds. de una gratificacion adecuada á su trabajo. A primeros de Agosto, y no antes, porque nuestra Regla no autoriza la preparacion de la fiesta y cuanto á ella concierne sino con dos meses de anticipacion (1) dijo el Teniente, procuran Vds. avistarse con el Sr. Diputado de plaza que está presente, para firmar los contratos.

—La palabra basta, señor...

—Es precisa la firma para justificar cuentas.

—Entonces no faltaremos. Manden VV. EE. si nos dan permiso para retirarnos.

—Dios les guarde. Y saludados con una inclinacion de cabeza, por aquellos señores, salieron de la estancia los dos jóvenes, que al tomar sus *chivatas* en el dintel, se volvieron é hicieron una reverencia á los señores de la mesa.

(1) Párrafo 1.º, capítulo 2.º, tercera parte.

El de más edad de los dos Diputados, manifestó en seguida su contento por el buen resultado del ajuste, elogiando en alto grado el buen comportamiento de Laureano Ortega y Lopez; y continuó diciendo:

—Ya no deben tardar los jefes de las cuadrillas; convendrá, Sr. Teniente, que para no perder tiempo, prevenga V. S. al portero avise en cuanto lleguen. Uno de mis deudos asiste hoy á mi mesa y no quisiera pasase la hora de la plegaria, sin estar á ella sentados.

—Muy justo es su deseo y fácil satisfacerle, replicó el Teniente, haciendo sonar la campanilla. Asomó el portero que ya conocemos, su rara fisonomía á la puerta del salon, y se le dió la orden de avisar en cuanto llegasen los toreros.

No se retrasaron estos, porque antes de dos minutos pasó el recado, sin dar tiempo á nuestros graves señores más

que para tomar un polvo de rapé de la caja del Presidente, y arrellanarse en sus sillones.

Dada la órden al portero, presentáronse en seguida dos jóvenes, vestidos con cierto lujo en su clase y estremadamente aseados. Alto y delgado el primero y de mirada viva y penetrante, y algo más grueso, más bajo, ménos moreno y de semblante más jovial el segundo.

—Deo gratias; Ave María Purísima. Dijeron al entrar, saludando cortésmente:

—Sin pecado concebida, contestaron en alta voz los Maestranteros.

—Estamos á las órdenes de VV. EE. que han tenido lo bondad de llamarnos para esta hora.

Y entonces el Teniente les dirigió otra oracion parecida á la que media hora antes habian escuchado los varilargueros, vaciada en el mismo molde y sin más variacion que la de cambiar,

como era consiguiente, el desempeño de las diferentes suertes que habian de ejecutar. Catorce toros han de lidiarse por mañana y tarde, y la Real Maestranza quiere que Vds. sean los estoqueadores, pagándoles á cada uno en buena moneda de vellon 200 ducados: se les darán además para todos los peones y chulos que componen sus cuadrillas, otros 400 ducados, y á todos se les vestirá con trajes de grana, nuevos y completos con galon blanco, que quedarán á beneficio de Vds.

—¿Y serán todos los trajes iguales?, preguntó el más jóven de aquellos toreros, que no era otro que el ya entonces célebre Pepe-Hillo.

—Sí, aunque algo más fina la grana de los que á Vds. se destinen.

—Nuevos tenemos, replicó, los que la Real Maestranza de Granada nos regaló para la corrida de la Purísima Concepcion, su patrona, en el pasado año, y pudiéramos servirnos de ellos,

que al fin tienen galones de plata y nos permitieron añadir algunos caireles y alamares tambien de plata.

—No es posible, porque son de color azul (1) y nuestra Maestranza, como la de Ronda, ha de gastarlos encarnados para sí y todos sus dependientes. Pararán Vds., los que en Sevilla no tengan casa, en el Meson de la Solana, á donde irán tambien Amisas y Ortega, varilargueros que Vds. conocen, siendo de cuenta de nuestra Santa Congregacion los gastos que origine el mantenimiento de las cuadrillas desde un dia antes hasta uno despues de la corrida.

—Pero si VV. EE. lo permiten, haré una observacion, dijo el que hasta entonces habia oido y no hablado desde que entró.

—Haga V. con franqueza las obser-

(1) Título 9.º, art. 10, de las Ordenanzas de la Real Maestranza de Granada.

vaciones que quiera, contestó el Teniente.

—Pues, con el respeto que la Real Maestranza merece, yo Joaquin Rodríguez, á quien los necios han dado en llamar Costillares, protesto de que á los varilargueros se les den trajes con botones y galon de plata y á los matadores no se nos dé más que blanco.

—Y si así lo disponen nuestras Ordenanzas y estatutos ¿qué quiere Vd.?

—Cuando esas leyes se imprimieron (1) la más estimada suerte del toreo era la de vara de detener, y sin que yo la quite mérito, porque le tiene y mucho, no es menor el de matar un toro frente á frente. Todas las ciudades deben haberlo entendido así cuando hoy pagan más á un estoqueador que á un varilarguero (2), y no es justo que

(1) Sevilla, 1731. Por Juan Francisco Blas de Quesada, impresor mayor de dicha ciudad.

(2) Este diestro llegó á ganar tres mil reales

aquel vista mejor traje. Nosotros vestiremos el color que quiera la Maestranza, pero pondremos guarnicion de plata á nuestros vestidos, aunque sea á nuestra costa; y ese es el permiso que pedimos á VV. EE.

Quedaron por un momento parados los Diputados, y el Teniente Hermano mayor, ante una peticion que revestia todos los caractéres de imponerse. Tal fué el resuelto ademán con que la expuso Costillares. Despues de muy breve momento, el Diputado de plaza expuso que no veia inconveniente en acceder á lo que el matador pretendia, puesto que *blanca* era la plata y los estatutos no prevenian más que los estoqueadores usasen sobre el grana este color, y aunque el Teniente objetó que si las Ordenanzas no hubieran querido diferencia entre picadores y matado-

por corrida de mañana y tarde. (NEIRA, *Diccionario tauromáquico*, tomo 1.º, página 220.)

res no hubiesen hecho distincion, quedó al fin convenido en que sobre el galon blanco podia ponerse otro de plata y cuantos adornos de este color quisieran los estoqueadores, pero nadie más que ellos.

—Otra observacion, si V. E....

—Exponga V. lo que estime.

—Gracias: y en caso de necesidad, lo que Dios no permita, pero al ménos mientras un picador muda caballo, *que puede suceder*, ¿quién le suple? Porque los toros, señor, para ir á la muerte, deben ir debidamente castigados.

—Ya el Sr. Diputado de plaza ha pensado á tiempo en ello, y con su acuerdo hemos determinado que vengan el hijo de Amisas y Bartolomé Carmona; pero ellos y Vds. deben tener entendido que nunca se permitirá estén en plaza más de tres picadores, ni ménos de dos (1).

(1) Ordenanzas aprobadas por el Vicario general del Arzobispado de Sevilla, en 10 de Mayo 1732.

—Bien: veremos, replicó Costillares, si los toros que se lidien necesitan por su pujanza dos picadores, ó tres, porque sean de gran poder. Eso queda á mi cargo proponerlo á vuestras excelencias.

—Y con perdon de VV. EE. y conforme con cuanto ha dicho mi maestro y compañero, interrumpió José Delgado, ¿saldrá este año en romance la descripcion de la corrida como hace dos años? Porque yo.... mejor que el dinero, quiero la gloria y nombradía que me dan las letras de molde por todo el mundo; y en esto no tengo vanidad ni orgullo, porque peor es que relaten otros romances, batallas donde por el capricho de un ambicioso se ha matado mucha gente, ó relaciones de bandidos, que las hazañas de hombres de bien que se reducen á agradar al público sin hacer daño á nadie, más que á fieras bravas.

—Sí, señor, se publicará. El señor

archivista se encargará de ello como es su obligacion (1).

—Entonces, dijo con visible alegría Pepe-Hillo, á trabajar y á lucirnos, mi maestro, dirigiéndose á Costillares.

Este pidió permiso para retirarse, si nada más habia que advertirles; y obtenido despues de encargarles que en tiempo oportuno acudiesen á firmar el contrato, salieron saludando atentamente.

En aquel momento daban las doce y las campanas de las iglesias tocaban la plegaria.

Nuestros toreros, como todos los

(1) Artículo 10.—Y porque ha sido costumbre antigua de esta Hermandad, en ocasiones que por motivos Reales ó asuntos particulares ha fatigado el terreno con alguno de los ejercicios propios de su profesion, el dibujarlos en metro para que logren inmortalidad en las edades, establecemos que siempre que se juzgare ser el acto de los comprendidos en esta clase, sea cargo del archivista darlo á la prensa en aquel género de verso, cuyas consonancias sean más gratas al oido.

hombres que por la calle andaban, se quitaron sus sombreros, detuvieron su paso, y rezaron en voz baja. Lo mismo hizo el Diputado de plaza, que aquel día no se sentó á la mesa á la hora deseada.

CAPÍTULO III.

El Bando.

Sevilla, la reina del Guadalquivir, de quien tanto han dicho en su alabanza los poetas de todos los tiempos, era á fines del pasado siglo, lo mismo que ahora, la ciudad de la alegría, el paraíso andaluz, el eden de España. En un día de fiesta de los primeros de otoño, las hermosas mujeres de la gran ciudad engalanadas con sus sayas cortas de telas pintadas de fuertes colores, y llenas de rosas y claveles graciosa y picarescamente colocados en el seno y la cabeza; los majos de rumbo, los altos y nobles señores, los habitantes de Triana y los macarenos y macarenas, al-

tos y bajos, ricos y pobres, repartíanse ya en bandadas como pájaros, ya en corros y corrillos, por las principales calles de la gran ciudad, desde una hora muy temprana de la mañana, con marcadas muestras de alegría y contento, y como si esperasen tan de madrugada la realización de algún suceso anunciado de antemano. La afluencia de gentes era mayor que en otras partes en las calles de San Francisco, de la Cuna, la Sierpe, San Pablo y otras principales, cuyos habitantes todos ocupaban los huecos de las puertas, ventanas y balcones de sus casas y hasta de las azoteas, sintiéndose en todo el espacio ese sordo murmullo que producen las conversaciones de unos, las risas de otros, el ir y venir de estos y el cuchicheo de los que pelan la pava, ó hacen honor á unas cañas de manzanilla á la puerta de una taberna.

De los hermosos patios de muchas casas principales, preparados para la

molicie y el recreo con más esmero que habitacion de oriental sultana, salian los ecos de alegres canciones entonadas por argentina voz femenil, ó cadenciosa y prolongada de jóven mancebo que con la guitarra se acompañaba. Aquellos ecos iban envueltos entre ayes y suspiros dulces y melancólicos, con el perfumador aroma que despedian las infinitas flores que, puestas en grandes jarrones, adornaban las entradas, y los magníficos naranjos que con otras plantas olorosas en los patios se ostentaban.

Al ver tan temprano tal bullicio y animacion, diríase que los habitantes de Sevilla no habian dormido aquella noche.

Serian las ocho próximamente, cuando precedida de una turba de chiquillos, mozalvetes y alguno que otro rezagado habitante del barrio de San Bernardo, apareció por la calle de San Francisco, desembocando en lo más

ancho de la misma, junto al convento que ya no existe, la siguiente lucida comitiva, que todos sabian acababa de salir de las casas del Sr. Conde de Villanueva, Teniente Hermano mayor á la sazón de la Real Maestranza. Componíase del Escribano, Ministro de la Hermandad, y cuatro picadores de la caballeriza de la misma; delante, abriendo paso en soberbios alazanes ricamente enjaezados, siempre con los colores grana y plata ó blanco, por divisa; detrás, á pié, sombrero en mano y entre dos ministriles, vestidos de negro como él, la Voz pública del pueblo, que así se llamaba al pregonero, hombre alto, seco, de cara huesosa y cejijunto, pero de voz clara, llena y campanuda; y cerrando la marcha, otros Ministros que el señor Asistente de Sevilla habia mandado, cumpliendo con su deber (1) para ata-

(1) Real órden de 8 de Octubre de 1730.

jar todo género de inquietud que pudiera haber en la fiesta. Momentos antes habian entrado en la misma calle, y colocádose en el sitio principal, una tropa de timbales y clarines, que no bajaba de diez hombres á caballo, y que por el distintivo de su traje y el de los arreos de los que montaban, así como por las ricas mantillas que cubrian aquellos abultados y semi-esféricos instrumentos, denotaban claramente que la Santa Hermandad de la Real Maestranza sevillana era la dueña de todos aquellos jaeces fastuosos, y la que pagaba á los hombres encargados de exhibirlos. Veíase en la disposicion de todo esto, el buen gusto y delicado esmero del Sr. Vadillo y Alcázar, Diputado de timbales y clarines, que cumpliendo con celo el delicado encargo que el capítulo XI de la Regla le confiriera (1) no habia des-

(1) «Cuida de prevenir en ellas (las plazas) aquellos marciales instrumentos que rompiendo con

cansado, con la ayuda de otros Maestranteros, hasta ver conseguido su deseo de presentar aquella tropa con aparatosa ostentacion.

Cerca ya del centro de la plazoleta que formaba dicha calle, la comitiva hizo alto, avanzó el pregonero, y en medio de un religioso silencio, impuesto sin violencia alguna á aquel gentío, mudo al observar la parada de los ginetes, gritó:

BANDO (1).

Manda el Sermo. Sr. Infante, Hermano Mayor de la Real Maestranza de esta ciudad, por especial autoridad, con Real permiso de S. M. el Rey Nuestro Señor y en nombre de S. A. y como su Teniente el Sr. Conde de Villanueva, que en el dia... de este pre-

sus voces el aire, publican el sitio de la funcion. >
Ultimo párrafo de dicho capítulo.

(1) Dicha R. O. de 8 de Octubre.—Capítulo VI de las Ordenanzas.—Copia literal.

sente mes se hagan en esta plaza las fiestas de toros de varalarga de las dos que S. M. tiene concedidas á la Real Maestranza, para que en los tiempos de primavera y otoño de cada uno se celebren en nombre de S. A. y con soberano consentimiento de S. M. Y para que venga á noticia de todos así se publica.»

Inmediatamente respondió á este bando, mejor dicho á la sonora voz del pregonero, un redoble continuado en los timbales y el agudo sonar de los clarines, acompañados por los gritos y voces de alegría de los circunstantes, que en su mayor número se encaminaron á la plaza de toros, situada en la direccion del famoso Guadalquivir, para presenciar la media corrida que á las diez habia de dar principio.

Entonces, como ahora y como siempre, la gente iba alegre y decidora, pero en aquella época grandes agrupaciones formadas al acaso y de pron-

to, seguian á compás de orquestas de guitarras, octavillas y bandurrias, el paso que los directores de ellas imprimian con sus ademanos. Era de ver allí al estudiante atrevido, con sus rotos manteos, al lado de la manola más limpia de Sevilla, discreteando con gracia; al mozo de mulas recién llegado de los campos de Tablada, codeándose con la ribeteadora de zapatos de tabinete, cuya muestra lucía en su diminuto pié; al bien acomodado artesano de mediana edad, envuelto en su capa de verano de anascote grana ó morado, llevando de la mano al tierno capullo fruto de sus amores, que antes de dos años seria rosa delicada de exquisita fragancia; al *ama* de taberna del barrio de la Macarena, que entre cuatro ó seis *amigos* alegres, marchaba altanera y sonriente, dando *aire* oscilatorio y acompasado, á manera de péndola de reloj, á su vestido de percal francés, de fondo encarnado con

guarniciones en picos, que dejaban ver hasta más de media pierna casi cubierta con rica media de seda calada; y tras de este grupo otro en que las castañuelas dominaban los ecos de las guitarras, no tanto por la mayor fuerza de sonido, sino porque las *tocaoras* enervaban la fuerza de los *tocabrès*; despues otro, sólo de mozas juncales, altas de pecho y de estatura, con mantillas de todo el ancho del terciopelo, terciadas sus puntas á la cadera izquierda, de corto y menudo paso, seguidas de mozos y galanes de paso de largo alcance; veíase á poco rato otro grupo de tenderas y menestralas ya acomodadas, ostentando arracadas de oro y cruz de brillantes sobre el seno con collar de siete vueltas, ó broquelillos de aljófara y deslumbrantes anillos en los dedos de ambas manos; y luego otro de turba casi harapienta y súcia, tan alegre como la gente más rica, capitaneado por gran número de pillos

que con dos trozos de tejas ó cacharros colocados mañosamente entre sus dedos, repiqueteaban tan á compás una marcha de los guardias Walonas, que las mejores castañuelas no hubieran producido mejor efecto al oído; y otro, y otros y otros grupos, comparsas y pelotones de jóvenes y viejos, de niñas atrasadas y adelantadas, de soldados, gitanos, chisperos, menestrales, tenderos y ganapanes, todos á pié, todos hablando en alta voz, muchos gritando, otros cantando, algunos chillando y silbando.

Tal vez en apartada callejuela se encontrase alguno quieto y suspirando porque la niña de sus amores se hallase enferma, y colocado al pié de la reja, con la vista fija en el interior de la casa, le affigiese su mal y le fuera indiferente el contento de los otros; que está

¡Siempre la pena junto al placer!

.....

CAPÍTULO IV.

La plaza.—Gloria, la Ninfa.

La gente fué entrando poco á poco á la plaza de toros, porque muchos ministriles cuidaban de evitar aglomeraciones haciéndose obedecer, ó porque los vasallos de nuestros Reyes absolutos tenían gran respeto á las autoridades, siquiera fuesen estas de la más inferior categoría.

Hubo, claro es, empujones, griterío y extravío de algunos jóvenes de ambos sexos, á quienes sus familias no encontraron sino cuando acabó la fiesta; pero nada de golpes, amenazas ni navajazos, como suponen algunos que son tema obligado en las grandes reu-

niones á campo libre. Si alguno insultó á otro, el ministril enseñando la enroscada vara signo de su autoridad, pronto se apoderó de él, y si por piés queria ser bienaventurado sufriendo persecucion por la justicia, la voz de «favor al Rey» que aquel pronunciaba, hacia que todo hombre honrado prestara auxilio y el fugitivo no consiguiera su cristiano deseo.

No vamos á describir la corrida con sus lances y peripecias, que ya nos la relatarán luego los que á ella han asistido; pero bueno es que sepan nuestros lectores algo del interior de la plaza y de los preliminares de la fiesta, aunque la concision nos acompañe.

El edificio era como hoy es, salvas las mejoras de adorno, comodidad y ensanche que poco á poco se han ido llevando á cabo. El balcon principal, que era lo que hoy se llamaria palco real, no le ocupaba nadie: es decir, es-

taba en él colocado sobre un paño de damasco carmesí y sin dosel, el retrato del Infante Hermano mayor, con la silla vuelta de espaldas á la plaza (1). El balcon de la derecha le ocupaba el señor Teniente Hermano mayor de la Real Maestranza, y en el de la izquierda estaban colocados los Tenientes del Asistente de Sevilla, teniendo bajo su dependencia á los ministros de justicia y demás gente subalterna, para obedecer y hacer cumplir las órdenes de aquel Teniente Hermano mayor, que en ausencia del Serenísimo Señor que debia ocupar el sillón vacío, gobernaba la plaza (2). Sobre la puerta de caballos, estaba el balcon de los dos Diputados, de plaza y de timbales y clarines, y encima, concluido el andamio, hoy tendido, se colocaban estos instrumen-

(1) Previénelo así una carta orden declaratoria de la de 20 de Setiembre de 1730.

(2) Capítulo VIII de las Ordenanzas de Sevilla.

tos, cuyos tañedores no perdían de vista á su Diputado, que era el que les hacia las señales, así como los dependientes de la caballeriza y de la plaza obedecían al primer Diputado, es decir, que oficialmente no concurrían de balde ó sea sin pagar precio de entrada, más personas que el Teniente Hermano mayor, los del Asistente y los dos Diputados de clarines y de plaza. Todos los demás hermanos Maestranteros, que no eran pocos, compraban su billete y se colocaban donde buenamente podían, sin preferencia alguna, incluso los que ejercían cargos en la Junta directiva.

En medio de la satisfaccion que esta demostraba por la buena disposicion que para todo lo concerniente á la fiesta se habia dado por el Diputado de plaza de acuerdo con el Teniente mayor, un disgusto de poca monta al parecer, afectaba á la corporacion. La Real Maestranza de Granada

acababa de negar su permiso (1) al caballero Marqués de Araceli, que á instancias de la de Sevilla habia ofrecido rejonear uno ó dos toros, fundándose para impedir la ejecucion de esta promesa en una mera cuestion de etiqueta. La Real Maestranza de la muy ilustre y siempre muy noble y leal ciudad de Sevilla, debió pedir permiso á la de Granada para que autorizase á aquel caballero á ejercer el acto de deferencia antes indicado, pero habiendo sido él por sí quien lo solicitó, le fué negado.

En cuanto á etiquetas, cumplidos y cortesías, nos llevaban ventaja nuestros abuelos.

Algo disgustó el incidente á los se-

(1) Ningun caballero Maestrante podrá admitir toreo en plaza que no sea de la Maestranza, aunque sean fiestas reales, sin expreso permiso del señor Teniente y Caballeros de la Junta secreta. Párrafo 5.º, art. 11 de las Ordenanzas de la Real Maestranza de Granada. — Madrid, por Joachin Ibarra, 1764.

villanos, y no se ocultaban de nadie para manifestarlo públicamente, pero donde más se censuró, fué en el punto de reunion, á donde nos es forzoso conducir á nuestros lectores.

Hace noventa años, habia en la ciudad frontera á el rio del paraiso, que así la llamaban los que entonces la poblaban, una casa de muy modesta apariencia, pero de fama soberbia y empingorotada, que conocian y frecuentaban gentes de buen vivir, pertenecientes en su mayoría á los honrados gremios de chisperos, alarifes, zapateros, sastres y curtidores. Alguna vez alternaban con estos menestrales señores de más alta nobleza que no se ha podido saber, porque la tradicion no lo ha revelado, si allí hacian algun alto en su camino por cambiar palabra con la dueña de la casa ó porque los concurrentes eran entendidos en asuntos de toreo, y lo mismo explicaban los lances y suertes de una corrida

desde la salida del bicho al redondel hasta que las mulillas le arrastraban al desolladero, como tomaban parte en la *algarrada* (1) que en la víspera de la función se verificaba en el inmediato campo de Tablada, donde muchos años antes hubo una plaza ó circo para ejercicios de la gineta y lidias de toros (2).

Tanto podia ser lo uno como lo otro; pero no era ciertamente por la comodidad que la casa ofrecia. Era esta baja de techo, de una sola pieza para uso de los concurrentes que la daban muchas veces amplitud colocando un par de bancos de tosca madera, sin pintar, en los costados de la puerta de entrada, sobre la cual pendia un gran

(1) Voz anticuada, comprendida en el Diccionario de la lengua, que significa: «En las fiestas de toros, la acción de conducirlos á los toriles que comunmente se llama encierro.»

(2) Tenian maestro de quien deprender y caballos en que hacerlo.—(FERNANDEZ DE ANDRADE, *Discursos nuevos de la gineta*, parte tercera, pág. 1.º)

ramo de yerbas silvestres olorosas, que á la legua pregonaban con su esencia y mucho más con su presencia, que aquella era una de las mansiones que en honor de Baco encerraba Sevilla. Una hilera de jarras de loza fuerte con rayas y filetes azules, amarillos y violados, pendian de largas escarpías colocadas simétricamente en la pared testera del fondo, delante de la cual un mostrador pintado de encarnado con la *primera suerte de vara* en su centro, á modo de pandereta ó trasera de calesin, contenía hasta seis ó más docenas de gruesos vasos de vidrio, de *medio chico*, y un gran lebrillo talaverano.

Pero lo que era de ver, lo que en esta humilde estancia sobresalía, llamando poderosamente la atención, era Gloria, la Ninfa, que colocada como en un trono tras del mostrador, medía los vasos que un imberbe ganapan servía á los parroquianos. Ojos negros y

rasgados, tez sonrosada y ligeramente morena, pelo y cejas de azabache, boca pequeña que dejaba entrever dos hileras de menudos dientes de marfil, y redondo y torneado cuello, ostentaba aquella mujer, á quien se conocia por la *Ninfa* en toda la ciudad y en los barrios de San Bernardo, Triana y la Macarena. Realzaban su gracia natural, un rodete formado por trenza de cien ramales, sujeto por alta peineta de concha calada y hechura de calzador, picarescas sortijillas sobre las sienes, y ajustado jubon de fuerte sarga de seda, cubierto en parte por ligero pañuelo de bordada muselina, más blanco que la nieve.

Más de un torero de fama habia hecho llegar á oídos de la *Ninfa* sus amorosos deseos, y no faltó caballero veinticuatro (1) que aspiró á la gloria

(1) Dábase este nombre al Regidor en los Ayuntamientos de algunas ciudades de Andalucía.

de ver muy de cerca á Gloria; pero ni aquél, ni éste, ni nadie, á decir de las gentes, consiguieron nunca más que agradecidas palabras y sérios saludos. Adquirió fama de honrada, y la conservaba con aprecio; no es extraño, pues, que á su puerta descansaran los jóvenes de buen gusto.

CAPÍTULO V.

Despues de la corrida.

Hacia poco más de una hora que la corrida de toros, cuyos preparativos saben nuestros lectores, habia concluido, cuando se encontraban á la puerta de la taberna de la Ninfa, sita en la calle de la Cuna, un grupo de gente jóven y alegre y otro de mozos y viejos más sesudos, al ménos en la apariencia, que hablaban en alta voz de los lances de la lidia, disintiendo y disputando con energíá y calor, el mérito de las suertes practicadas, y ponderando en lo general el feliz éxito de la funcion.

Es imposible á la pluma señalar á

un tiempo en el papel las afirmaciones, contradicciones, elogios, censuras, dimes y diretes que á una voz, sin cederse unos á otros la palabra, sostenian aquellos quince ó veinte hombres que componian ambos grupos, que tan pronto se deshacian fundiéndose en uno sólo, como se subdividian en tres ó cuatro, volviéndose á unir y desunir, diez, veinte ó treinta veces; tantas cuantas el interlocutor más caracterizado entre aquellos, por su saber, se dejaba oír, ó el de voz más fuerte y potente se habia impuesto con su ademán y con sus gritos al resto de sus amigos. Pero como nosotros tenemos especial empeño en que nuestros lectores sepan lo que aquellos *aficionados* decian y pensaban acerca de la corrida, vamos á trascribirles á continuación algunos párrafos sueltos de los animados diálogos que sostenian, aunque pierdan toda la gracia que ellos les daban.

—¡Señores! ¡Vaya una corridita de toros! decía un honrado mancebo de más de treinta años de edad, perteneciente al muy numeroso gremio de chisperos (1). Hace muchos años que á Sevilla no habian venido toros de más empuje, mejor criados, ni de tanta bravura. En el lomo del cárdeno de esta tarde, se podian contar sin que se cayeran, mil duros en mil piezas del busto de nuestro amado rey D. Carlos IV.

—Compadre ¿y quién se detenía á...?

—Y de seguro, el que ménos, tenía seis años. Bien armados y de poder, nobles y boyantes.

—Vamos, le interrumpió otro; que no era tanta la nobleza del primero que mató Costillares, ni del tuerto que le tocó despues.

—Vuesamercé se equivoca. El tuer-

(1) Llamábase así á los fundidores, cerrajeros, herreros y demás que trabajaban alrededor de las fráguas.

to no *traía* nada, sino que naturalmente se acostaba del lado en que tenía vista; por eso el Sr. Joaquin, conociéndolo, le dió mucha salida con la muleta al esperarle, y consiguió que, como no se apartaba tanto la rés, como se hubiera ido otra de vista completa, la estocada resultó alta, recta y honda.

—Verdad. ¿Y qué me dicen Vds. del Sr. Amisas?

—Buen piquero, y no menor su hijo. Cuidado con el berrendo en colorado que tomó 17 varas, de las cuales el chico puso 10, sin caer y sin que el potro que montaba haya tenido en toda la mañana más que dos ó tres puntazos en el anca, todos de cinchas atrás, lo cual demuestra su maestría (1). Mucho hay que esperar de

(1) Era principio sentado como verdad del arte, que toda ofensa recibida por el caballo desde la cincha á la reata era azar no imputable al ginete,

ese muchacho, si sigue con tan buena voluntad.

—A mí lo que más me ha llamado la atención han sido las tres varas que á caballo levantado puso el señor Juan, sin sacar el palo más de cinco palmos, á aquel toro negro, ligero como el rayo, que salió esta tarde, el segundo; y eso que al principio, viendo que la fiera venia lamiendo las tablas, tuvo que terciarse y alargar la vara, con lo cual consiguió echársele por delante.

—No ha estado tan afortunado Manuel Jimenez, que es valiente y temerario, pero que si bien hace sentir á las réses su mano derecha en demasía, descuida algun tanto la izquierda.

—Perdone vuesamerced, no estoy conforme. Jimenez es un gran picador,

y que toda herida desde la cincha al pretal era prueba cierta de su poca pujanza y de su ningún arte.—(ESTÉBANEZ CALDERON.)

de muchos conocimientos y excelente ginete, pero ni él ni nadie pueden evitar un *extraño* del caballo, una *colada*, ó una mala medida de los terrenos en momentos en que difícilmente deja el toro tiempo al picador para armarse. Ya vé vuesamerced; el alazán que montaba esta mañana y que le hirió primeramente el segundo toro y luego el cuarto, valia lo ménos veinte y cinco doblones. ¿Querria él perderle?

—No, que bien advertí cuánto sintió su pérdida, pero creo yo, y nadie por esto se ofenda, que se hubiera lucido más el desgraciado Carmona, si como se pensaba, hubiese venido á trabajar. El hombre propone y Dios dispone; respetemos sus altos juicios que son incomprensibles (1), (y todos se descubrieron). Los toros castellanos

(1) Bartolomé Carmona, murió en Madrid el 9 de Julio de 1793, estando fuera de suerte y cuando se estaba matando al toro, el cual tomó al caballo

han dado, están dando y darán siempre grandes disgustos á los lidiadores; no son toros para jugarlos, por lo inciertos, abantos y traidores.

—Vamos, señores. ¿Y qué me dicen ustedes de Laureano Ortega? dijo uno de los picadores de la Real Maestranza, que formaba parte del corro más numeroso de los dos, pero que hasta entonces habia permanecido silencioso y en cierto modo retraído, á causa de la presencia en él del Sr. Conde del Aguila, su principal Jefe, que entonces pasó al otro grupo. ¿Han visto nunca reunidas la habilidad y la fuerza en otro hombre que ese? De estos se ven pocos, muy pocos. Picar ocho toros como los de esta tarde, bravos, duros y pesando el que ménos ocho quintales, con un solo caballo, sacán-

por detrás y arrojándole con dicho picador con gran ímpetu, este cayó de cabeza y se desnucó.—(*Diccionario tauromáquico*, tomo II, página 616.)

dole ileso, y sin haber caído más que una vez al suelo, y esto porque al retirarla de la suerte en el último toro, la jaca cayó de ancas derribándole; señores, eso es de lo que no se ve. ¡Con qué poder detiene al toro con el brazo derecho! ¡Con qué destreza libra al caballo sacándole al mismo tiempo con la izquierda! No se ha visto cosa igual (1) y será difícil verla en lo sucesivo: no se hermanan tan fácilmente con la fuerza y el valor, la destreza y la inteligencia.

—Lo que yo advertí, dijo un reviejuelo de nariz tan larga como su estatura, es el buen quite que le hizo el sobresaliente Curro Herrera tendiendo el capote y sin moverse de su sitio,

(1) Por el espacio de tres años y por entre los azares de cien y cien corridas, se le vió sacar siempre salvo el caballo que montaba, que era una famosa jaca mosqueada, que la perdió al fin en la plaza de Cádiz.—(ESTÉBANEZ CALDERON (el Solitario): *Toros y ejercicios de la gineta.*)

dando al toro salida larga, cuando Ortega puso la primer vara. Yo creo que fué antes de tiempo.

—Sí, señor; y el Sr. Joaquin lo reprendió encargando que esperase la ejecucion completa de la suerte. Tampoco le gustó al maestro que Pepe-Hillo volviese dos veces al quinto, sobre el caballo de Amisas, con el capote liado al brazo izquierdo, recortando sobre las cuartillas de la rés.

—Pues yo digo que hizo bien Hillo, porque así consiguió parar los piés algun tanto al toro, que siempre entraba levantado, y lucir su incomparable gracia y gallardía.

—Es verdad, y habria que aplaudirlo, si no fuera porque con los recortes y con los cinco pares de banderillas que luego le pusieron Cristóbal Diaz y Manuel Gonzalez, el toro llegó á la muerte sin facultades y no pudo recibirle ni aguantarle. Sin embargo, aquel volapié en las tablas, tan ceñido

y en completa rectitud, valió cualquier cosa. No hay toro difícil para él, y lo ha demostrado hoy al matar el primero, que estaba aculado á las tablas desde que le banderillearon el Nona y Manolo Vega. ¡Vieron Vds. cómo se fué á él sin vacilar, cómo le tendió la muleta á dos pasos de distancia, colocándose él frente á la cuna y perfilando el trapo en línea recta con la cadeira izquierda? ¡Y cuando el toro arrancó, cómo le guiaba con la muleta, sin apresuramiento, empapándole siempre y llevándole al terreno de afuera, hasta que en aquellos tres pases en redondo, le hizo pararse y cuadrarse? ¡Y qué en corto le citó dos veces á pié quieto y al ver que no se venia, se fué á él rápidamente, sin perder tiempo, con un volapié, tardando casi ménos tiempo en caer el animal como herido de un rayo, que el matador en salir recto pegado al anca derecha de la rés? Hacen bien, al llamarle maestro, porque

además de practicar y enseñar todas las suertes conocidas *tal y como están escritas*, en la que él ha inventado, demostró gran inteligencia y la ha transmitido á todos sus contemporáneos con reglas fijas y precisas, sin enmiendas ni *tranquillos*.

—Hombre de Dios, eso que se ha dado en llamar *tranquillos*, no los tienen más que toreros de ciento en boca, aprendices que nunca aprenden y que ganan de pueblo en pueblo un miserable sustento. Ningun estoqueador reconocido como buen torero, acude á buscar ardidés de mala ley para matar toros frente á frente.

—Quien se vió apurado, dijo el reviejuelo, en el cuarto toro, ha sido Pepe-Hillo al dar el primer pase; y ¿sabeis por qué fué la colada aquella? Pues nada más que por no tener presente que detrás de él, y á su derecha, estaba un caballo muerto, al que habia tomado querencia desde que le puso

el último par Antonio de los Santos.

—Es verdad, ya lo advertí, y una curra de buena catadura que á mi vera se hallaba en el andamio, no pudo contener un grito, creyendo ya cogido al más salao de los toreros sevillanos. Pero ¡que si quieres! el mozo, parado y tranquilo, dió salida al animal facilitándole su viaje y *sin oponerse* á él, con aquel arriesgado y oportuno pase de pecho forzado, que tantos vítores le valió, y más de seis docenas de rosas y claveles que hasta aquel momento habian servido de adorno y compañía á las pequeñas orejas de otras tantas manolas y mozas de buen vivir. Cualquiera otro hubiera fiado á sus piés la salvacion y no lo hubiese yo criticado ciertamente.

—No digais disparates, exclamó el reviejuelo; ya sabeis que yo soy muy purista en todo, y no olvido, ni quiero que vosotros olvideis, que *la honra del matador está en no huir ni correr*

nunca delante del toro, teniendo muleta y espada en las manos (1). Con la muleta se puede siempre, ¿lo entendeis bien?, siempre, guiar al toro á donde se quiera, ó al ménos quitársele de encima, tomando tiempo para verle llegar; y si por haber olvidado el torero por un momento los preceptos del arte se encuentra colocado en sitio donde la muleta pueda serie ménos útil, ármese prontamente, espere á la rés y aguántela. Eso es lo decoroso para el que de torero se precie. ¡Correr huyendo! Sólo en el caso de no tener muleta, y aun pocas veces lo admito teniendo capote en las manos; pero vamos, para algo se ha hecho la barrera.

—Todo eso está bien dicho, señor; pero cuando un jarameño ó un jereza-

(1) Esto repetía cerca de cuarenta años despues el gran maestro Pedro Romero.—(*Lecciones en la escuela de tauromaquia.*)

no del cura Quirós (1) quieren hacer alarde de correr bien y arrancan de lejos inciertos y levantados...

—Cuando sucede eso, lo mismo al jarameño que al toro de... San Lúcas ¿estamos? le *espera* clavando en el suelo los talones el hombre que tiene *valor, serenidad y conocimiento exacto de su profesion*, y le mata si vé que entonces hay ocasion sin riesgo, ó le da salida con la muleta; porque á correr, muchas veces, muchas, gana el toro al hombre, pero contando éste con sus manos y no con sus piés, se encontrará más seguro y libre de cogidas, que el marido de la señá Marquesa que ahí enfrente vive y en la Macarena duerme. Segun dicen, que yo nada sé por mí, se apresuró á aña-

(1) D. Marcelino Quirós fué el fundador en 1760 de la célebre ganadería que poseyeron despues los Sres. Gallardo, hermanos, á principios de este siglo.

dir el malicioso reviejuelo, como arrepentido de sus últimas palabras.

—A este señor, dijo entonces el Conde poniendo una mano sobre el hombro del reviejuelo, hay que quitársele el sombrero en materia de cuernos. Entiende más de lidia de toros que muchos toreros de fama, y si bien es como dice purista, sin permitir que las reglas siempre escritas y practicadas se alteren ni modifiquen en lo más mínimo, consiente y aplaude cuantas nuevas se inventan, bien definidas y bien ejecutadas constantemente del mismo modo; porque de no ser así, haciéndolas cada torero á su manera, degenerarian en corruptela, y sobre no conocerlas quien las inventó, podrian causar desgracias frecuentes. ¿No es eso, mi buen amigo?

—Así es, señor Conde, como yo quiero al matador...

CAPÍTULO VI.

Continuacion del anterior.

A esto llegaban de su curiosa conversacion aquellos buenos aficionados, cuando vieron llegar por la calle arriba cuatro ó seis hombres con grandes castoreños y monteras andaluzas, pendiendo de sus hombros airosas capas de verano, y seguidos de una turba de chiquillos, pilletes y curiosos.

Eran aquellos hombres, ni más ni ménos que los maestros Costillares y Pepe-Hillo, Antonio de los Santos, el Nona y Ortega el varilarguero, quienes al pasar cerca de los conocidos de la Ninfa, saludaron cortésmente, descubriéndose la cabeza y con las frases

de rigor «Dios guarde á Vds.» y «á la paz de Dios, cabayeros,» que fueron contestadas en coro. Impidiéndoles en cierto modo continuar su camino, aquellas gentes formaron círculo al rededor de los toreros, y tomando la palabra el Conde del Aguila les felicitó por el buen resultado de la corrida y por su habilidad, ofreciéndoles un vaso de legítimo pajarete de Jeréz.

Gloria, la Ninfa, que estaba atenta á cuanto allí se hablaba, dando su asentimiento ó negándole á cada una de las opiniones emitidas, preparó con singular presteza una limpia batea llena de estrechos vasos, y otra con platos de embutidos, aceitunas y embuchados, rodeados de pequeñas y tiernas roscas de pan candeal, que por sí misma salió á servir á los convidados.

De entre estos hubo uno que miró de alto á bajo á aquella buena moza, se entusiasmó mirándola, y despues

de cuatro palabras que nadie entendió, se quedó suspirando el principio de una *tirana* muy por lo bajo. El corro, en general, la requebró con un murmullo de frases halagüeñas, y el señor Joaquin Rodriguez, que ni un momento habia dejado de atender al Conde, dijo:

—Sr. Maestrante, no merecemos tanto... nosotros no hemos hecho más que cumplir nuestro deber, que era el de agradar á la Real Maestranza y al público, de cuyo favor vivimos. A la Virgen del Rosario damos gracias por habernos concedido fortuna, y á todos los aficionados porque nos han tratado con mucha bondad.

—Bien merecen nuestros plácemes, que no han descansado Vds. un momento y se han esmerado mucho en su trabajo.

—Pero, señores, dijo Pepe-Hillo, aparte de que no hay alegría que más entusiasme al hombre que la de oír

muchos aplausos, porque estos denotan que da gusto á los circunstantes, ¿no tiene obligacion el que cobra de trabajar cuanto pueda y sepa? Estaria bueno que no atendiese más que á salir del paso, haciendo lo preciso solamente y no lo debido. Con razon se diria que engañaba, quien tal hiciera, al público...

—Tambien pudiera decirse, interrumpió el reviejuelo, que el miedo tal vez le impedia arriesgarse en la ejecucion de una suerte.

—Ya lo creo, el que paga está autorizado para todo lo que no entorpezca el libre ejercicio en la plaza de nuestra profesion, y puede, respecto de nuestro trabajo, hacer las apreciaciones que quiera, aunque sean equivocadas, replicó Costillares. Más y mejor conseguimos el cariño del pueblo demostrando deseos de complacerle constantemente, que ejecutando de tarde en tarde una buena suerte, y es

que al público se le ofende defraudando sus esperanzas.

Vaciábanse entre tanto en los vasos y cañas, que no soltaban de la mano los allí reunidos, el rico tinto manchego en las jarras contenido, y el aromático manzanilla de Sanlúcar depositado en botellas, uno y otro servidos con profusion por Gloria, la Ninfa, su sirvienta y algun agregado que, por evitar molestia á la única hembra que el convite presidia, tomaba con empeño el cargo de ayudar en aquella faena á moza de tanto rumbo.

Renovábanse á menudo los platos de aceitunas y empiñonados. Al olor de aquel sitio y procurando ganancia, fueron llegando con sus mercancías algunos vendedores ambulantes, de aquellos que cuarenta años despues ha dicho el inolvidable Larra, que ejercian industrias de comer que no dan para comer, y al lado del harapiento buñolero, veíase á la maliciosa

vieja pregonando cañamones tostados, y á la niña de pocos años y ménos carnes con su tabla de pestiños.

Reinaba allí completamente la alegría, pero sin escándalo ni gritos; brindábase por la salud del Sr. Conde que hacia el gasto, y por la de los toreros que tanto habian trabajado por satisfacer en aquel dia, lo mismo por la mañana que por la tarde, la afición de los taurómacos, y ni las manos fueron más allá de su alcance natural, ni las lenguas, á pesar del estímulo refrescante que á menudo les llegaba, moviéronse para otra cosa que para elogiar la generosidad del noble Conde, la habilidad de los diestros y la magnificencia de la corrida.

—¿Por qué Nona, decia un mozalvete que pertenecia al honrado gremio de obra prima, al poner banderillas al tercer toro, salió para cuartear á la derecha, y para clavarlas se colocó cuadrando por la izquierda?

—No seas ignorante, compadre Crispin, y aprende á ver toros, contestó un mozo alto, seco y de ronca voz, que segun por allí dijeron, era picador por la Real Maestranza de Ronda. El hombre salió por la derecha, como tú dices, pero el toro hizo lo mismo cortando el terreno, y como no es de buen torero pasarse sin clavar, sino en caso de grande apuro, Nona, que sabe mucho y tiene vergüenza, *se cambió* en el viaje rápidamente á la izquierda, gracias á su fuerza de piernas y á su destreza, y puso aquel limpio par parándose fácilmente en la cuna. ¡No conoces, hombre, que de seguir su ruta primera se hubieran encontrado él y el toro, sin permitirle éste salida, porque no la habia, y hubiera sufrido aquél sin remedio una terrible cogida?

—Es que éste entendié más de probar chapines á las buenas mozas que de suertes de toreo, y hasta què se case y

amanse, anda tras de ellas como un abanto, haciéndose el brayucón y sin demostrar de sentido ni tanto así. Y metiéndose entre los dientes la uña del dedo pulgar derecho, la sacó fuera castañeteando.

—Pues que páre los piés, y Vd. que es su hermano, hágale comprender que en su edad es muy fácil una cogida; que no se embroque ni encune, si le faltan piés y no sabe quebrar ó al ménos recortar con limpieza. Mira que te lo dice con buena voluntad tu compadre Estéban, á quien los revolcones han hecho aprender mucho.

A las risas con que fué acogido este diálogo por las cuatro ó seis personas que formaban el grupo en aquel momento, siguió una ronda de rosolí en diminutas copas. La misma Gloria en persona las fué sirviendo por su cuenta, y como agasajo á sus parroquianos y amigos, de corro en corro, empezando por el del Sr. Conde y los maes-

tros. Cuando llegó al segundo grupo, encontráronse sus hermosos ojos con los de Antonio de los Santos, que al ser por ella servido, díjola á media voz:

—Oiga Vd., Gloria; por la de mi madre que me escuche con atencion: Mañana nos vamos á Madrid; si antes de salir de la ciudad no veo en Vd. alguna demostracion de que corresponde á mi cariño, no vuelvo á Sevilla nunca.

Palidieron un momento las frescas rosas de las megillas de Gloria; pero pronto se repuso, y continuó sirviendo como si nada hubiera oido. Notaron, sin embargo, algunos, aunque pocos, que desde que Gloria volvió á sentarse en su habitual sitio, no levantó la vista, ni habló más palabras que las puramente indispensables para hacerse entender por su criado.

La animacion seguia, hablándose en general del excelente ganado corrido aquel dia, de la destreza de los toreros,

de la habilidad de los picadores, del valor de Pepe-Hillo, y de la inteligencia del Sr. Joaquin Rodriguez. Muchos elogios y pocas censuras se oian respecto de aquella corrida, y la alegria, lejos de decaer, iba en aumento entre aquellos aficionados, que recordaban con placer y entusiasmo los infinitos lances, las imprevistas peripecias á que da lugar la más soberbia de las fiestas inventadas hasta el dia.

.....
Como si á todos aquellos hombres les hubiera movido un resorte, la conversacion principal y las muchas particulares que allí sostenian, cesaron de repente.

En la torre de la catedral habia sonado la primera campanada del toque de Animas. Todos rezaron devotamente la oracion y cada cual rompió por uno ú otro lado con direccion á su respectivo hogar. Cinco minutos despues la ronda del Asistente de Sevilla pa-

saba por la calle de la Cuna. Por sólo dos minutos se libró de una multa Gloria, la Ninfa, que acababa de cerrar la puerta de su casa y de apagar las luces de los cuatro mecheros del belon que pendia del techo de su taberna.

CAPÍTULO VII.

La despedida.

En la tarde siguiente al día en que se verificó la corrida de que hablan las páginas anteriores, hallábanse colocadas á la puerta del Meson de la Solana cinco caballerías mayores, con arreos de camino, ni tan buenas que la atención cautivasen, ni tan malas que por escuálidas fuesen dignas de desprecio. Eran cinco mulas de paso, al parecer de buen andar, que estaban sujetas del bridaje por tres ó cuatro mozalvetes, á quienes rodeaban más de una docena de curiosos ó desocupados, que sin duda por las trazas de su impaciencia y por su afán de escu-

driñar lo que en el fondo de la casa habia, esperaban la salida de los individuos que en aquellas habian de cabalgar.

No se hicieron estos esperar mucho, puesto que entre alegres cantares, dichos por unos y acompañados por otros, aparecieron diligentes cuatro ó cinco jóvenes toreros de los que la víspero habia aplaudido el pueblo entero de Sevilla, unos arreglando las monturas y estribos de las mulas, otros colocando alforjas en ellas, aquel apretando la mano á otro paisano, este abrazando á un niño, y el de más allá dirigiendo requiebros y reconvenciones á la moza del meson, robusta muchacha de veinte años, capaz de levantar en peso, por sí sola, dos quintales ó más de cosa de poco bulto, que el mucho volúmen no podria abarcarlo con sus cortos brazos, proporcionados á su pequeña estatura.

Allí todo era entrar y salir, subir y

bajar, ir y venir de un lado á otro, no solo los toreros, sino la gente del Meson, que con ellos se mezclaba ayudándoles en la faena de preparar la marcha y ofreciéndoles algun vaso de buena Tintilla de Rota en cambio de no escasa propina.

Por el extremo de la calle y en derecha al Meson aparecieron, departiendo amablemente, los diestros sevillanos Joaquin Rodriguez, *Costillares*, y José Delgado, *Hillo*, acompañados de dos ó tres amigos, alguno de los cuales, por encontrarse más cerca de aquellos escuchó el siguiente diálogo.

—Maestro, á Vd. deajo encomendados mis dos pequeños hijos y mi María, á quien sabe bien cuánto quiero. En mi casa y en su poder quedan para lo que ocurra, durante mi ausencia, 2.000 ó 3.000 rs. de vellon; pero si María le pide á Vd. dinero, déselo sin reparo y sin preguntarla para qué lo quiere, que ella es muy buena y eco-

nómica y no lo malgastará. No tiene más defecto la pobre que siempre que voy á Madrid, llora y lo siente, y dice sin recatarse de ello, que mejor quiere 1.000 ducados ganados por mí en cualquier plaza, que 3.000 en la corte.

—Alguna razon tendrá, ó al ménos la sospechará, contestó sonriendo el señor Joaquin: dicen, Pepe, que la Condesa de B. y la Duquesa de A. se disputan tus requiebros, y si esto ha llegado á sus oídos... ya ves no tiene nada de particular.

—No haga Vd. caso de lo que las gentes digan, porque en cuanto ven hablar á un torero con alguna dama encopetada, ó con alguna maja de buen porte, adios, ya lo echan á parte mala y dan por hecho con malicia lo que no la tiene, ni nada de particular. No ha sido malo este año ¿eh, maestro? dijo variando la conversacion: se van á acercar á 5.000 ducados los ganados por mí con aplauso en lo que vá y en dos

corridas que me faltan, si no me llaman en Noviembre para alguna otra: y aunque sabe Vd. que se gasta mucho en viajes, y, vamos, en la vida y en las cosas que esta exige, María piensa comprar unos olivares, si se encuentran baratos, para que sean la base de fortuna para nuestros hijos, y entre tanto no nos lleva Dios, lo que nos proporcione el sustento para la vejez.

—Tienes una alhaja con María y no debes olvidarla un momento. ¿Llevas bastante dinero para el viaje?

—Sí, señor; he tomado de lo que me ha pagado hoy el Sr. Diputado de la Real Maestranza hasta unos veinte doblones de á cuatro, con lo cual me sobrará seguramente para los dos viajes; pero si por cualquier accidente necesitara al volver más dinero, tomaré del que me ha de abonar la Real Junta de Hospitales de Madrid, lo que fuera preciso. No gano tanto como usted porque no valgo tanto, pero por

estoquear ocho toros me dan ocho onzas de oro, lo mismo que á Pedro Romero.

—Dios te dé buena fortuna en la lid, y quiera la Santísima Virgen de la Soledad protegerte y librarte de las astas de un bruto; pero oye un consejo. Tú eres buen profesor, sabes y quieres, y precisamente porque siempre quieres, te digo que no siempre te acompaña la calma necesaria. Porque celebren tu valor, te arrojas á las suertes sin meditar en las condiciones de los toros, y es preciso, hijo mio, que venciendo tu impetuosidad, no te salgas de las reglas del arte aunque vayas más despacio en la ejecucion de las suertes. Mira que no somos niños, aunque yo tengo pocos más años que tú; que tienes mujer y dos hijos, que por lo pequeños, han de necesitarte todavía en el espacio de una docena de años.

—No me recuerde Vd. á mi Pepe ni

á mi Antonio, que si mucho quiero á su madre, más los quiero á ellos; y si yo me acordase en el redondel de mis hijos, creo que haria lo que no he hecho nunca. Huir de los toros como un cobarde.

—No tanto, hombre. Sin embargo, primero es la vida de un padre de familia que los aplausos de la muchedumbre, no siempre entendida lo bastante para apreciar el mérito donde le hay.

—¿Y qué quiere Vd. si mi génio no permite otra cosa? ¿Si yo no quiero, así me cueste la vida, que me silben ni me echen gatos, perros, frutas, ni porquerías? (1) ¿He podido hacer más que negarme á matar toros castellanos por lo revoltosos, huidos y de sentido que son en lo general? ¿Cuánto no se

(1) Bandos de los Alcaldes de la Real Casa y Córte de S. M.—Setiembre de 1789,—prohibiendo mostraciones.

habló en contra mia cuando el señor Pedro Romero se prestó hace años á estoquearlos? (1)

—Hiciste bien entonces y pensé lo mismo que tú: pero eso no quita á lo que te he dicho. ¿Qué toros se correrán en Madrid, te han anunciado la ganadería?

—Sí, señor; manchegos de Gil de Flores y navarros de Zalduendo (2). Estos serán pequeños de cuerpo, pero seguramente bravos y de buenas condiciones.

—Pues te advierto que se revuelven con tanta prontitud como los castellanos: conque ya sabes que el capote y la muleta matan más pronto á estos toros que el estoque. Ah, te encargo que al que no tome en regla, siquiera media docena de varas, le apliquen los

(1) Funciones reales de 1789 en las bodas de Carlos IV y María Luisa.

(2) La antigüedad de esta ganadería data del año 1750.

chulos (1) lo ménos cuatro pares de banderillas.

—Oye tú, Antonio, dijo Costillares al llegar al portal del Meson, y dirigiéndose á uno de los toreros que allí habia. A ver cómo te portas en los quites, que mucho vales para eso, y no te digo nada de tu maestro... porque ya me entiendes.

—Sr. Joaquin, se hará lo que se pueda, siempre con buena voluntad. Al pelo de la ropa no ha de tocar un toro á mi maestro, sin que á mí me la rasgue antes, lo que Dios no permita.

—Haces bien dejándolo á la voluntad de Dios, que contra ella nada podemos los hombres.

—¡Ea! ¡Chicos, á montar! dijo Pepe-Hillo. ¿Habeis colocado en las alfor-

(1) En el siglo pasado y primeros años del presente llamábanse chulos todos los peones de lidia, á quienes hoy se conoce con los nombres de banderilleros y puntilleros.

¡jas las vituallas que encargué? Ya veo en los borreles de las dos pelicanas, las dos botas repletas del tinto que nos regaló Gloria esta mañana. Bien hecho todo. Andando, andando y hasta la vuelta, de aquí á un mes. Tomad y bebed á nuestra salud, muchachos, y á los del Meson les dió un peso fuerte; y dirigiéndose á Costillares díjole en voz baja y entrecortada: maestro, agradezco sus consejos y me acordaré de sus advertencias: acuérdesse Vd. de nosotros en sus oraciones y dé gracias de mi parte á los señores Maestranes, de quienes no he podido despedirme: hay poco tiempo, estamos á 6 y el 21 es la corrida: mi María y mis hijos, señor Joaquin, y le abrazó fuertemente.

—¡Dios os guíe! ¡Viaje próspero! ¡Buena fortuna! ¡Hasta la vuelta! Fueron las voces que de unos á otros se mezclaron; apretáronse las manos los que se iban con los que quedaban, picaron espuelas los montados, trotaron

más que las mulas los dos espolistas que á pié habian de servirles todo el camino, y santiguándose devotamente púsose en marcha aquel tropel con direccion á la puerta de Carmona por el barrio de San Roque.

Al llegar á esta miraron atrás como despidiéndose de sus familias, de sus casas y de sus amigos, aquellos cinco hombres que se llamaban Antonio de los Santos, Manuel Rodriguez Nona, Manuel de la Vega y el ya media espada Juan José de la Torre, que rodeaban al profesor Pepe-Hillo con cariñoso respeto.

Nadie reparó mas que el primero en una mujer, que vestida con basquiña negra y casi tapado el rostro con rebocillo de terciopelo, estaba medio oculta en el quicio de una puerta inmediata. Cuando pasaron de largo, acercó el pañuelo á sus ojos humedecidos, y saliendo de aquella puerta no perdió de vista la cabalgata en un gran

rato. Era Gloria, la Ninfa, mujer legítima un año despues de Antonio de los Santos, discípulo el más querido de Pepe-Hillo.



OGAÑO

CAPÍTULO VIII.

Anteproyectos.

Han pasado noventa años.

La escena que vamos á referir ocurre en el despacho de un Jefe, de un Hermano mayor, de un Presidente, de un Decano—como quieran llamarle mis lectores—de cierta Corporacion respetable, como lo son todas, cuyos miembros en escaso número, tan pronto sentados como en pié, quietos ó andando, fuman, rien y charlan unas veces en alta voz y otras tan en secreto, que lo que oye el individuo colocado al lado derecho del que habla moviendo apenas los lábios, no puede

oirlo el del izquierdo, aunque incline la cabeza en aquella direccion.

Dónde está situada la casa, y cuál es aquella Corporacion, no debe decirse; porque seria exponerse á equivo-caciones, designar una determinada que tal vez no fuera la que yo refiero, ó dejar de señalar la que realmente se ocupara del asunto que voy á relatar.

Por otro lado, ¿qué importa saber quiénes pueden ser los pecadores? Con saber el pecado, basta; y si no existen aquellos ni este, tanto mejor, que para entretenerse el lector lo mismo le da que los hechos pasen en un pueblo grande, como en uno pequeño, en una ciudad, que en un villorrio.

Siendo así, querido lector, bueno es que sepas que aquellos Congregantes ó congregados lo habian sido para preparar el anteproyecto—como ahora dicen—de una corrida de toros, que á beneficio de la caridad de aquel pueblo se acostumbraba dar todos los

años. Funcion que, como decia hace más de tres siglos el gran escritor Vicente Espinel (1), «ninguna nacion sino la española ha ejercitado ni ejercita, porque todos tienen por excesiva temeridad atreverse á un animal tan feróz, que ofendido se arroja contra mil hombres, contra caballos y lanzas y garrochones, y cuanto más lastimado tanto más furioso. Que nunca la antigüedad tuvo fiesta de tanto peligro como este, y son animosos y atrevidos los españoles que, aun heridos del toro, se tornan al peligro tan manifiesto, así peones como ginetes.»

El que hacia cabeza, como si dijéramos el Corregidor, tomó asiento y dijo en voz fuerte para que le oyeran y cesaran los cuchicheos:

—Señores, vamos á hablar de la corrida de toros que este año, como

(1) *Vida del escudero Márcos de Obregon.*—1618.

todos, ha de celebrarse para alivio de nuestros semejantes; que es delicada y comprometida la situación de nuestros fondos no hay que dudarle; luego en lo que principalmente hemos de pensar, es en obtener mucha utilidad y ventaja. Conque, en este supuesto, á ver qué hacemos.

Tal fué el discurso inaugural del Hermano mayor, sin quitar punto ni coma.

Sin pedir la palabra, la tomó en seguida un Cofrade, ó Hermano de los allí reunidos, y se expresó poco más ó ménos en los siguientes términos:

—Yo ya entiendo de esto, porque soy Congregante hace algunos años, y sé muy bien lo que debe llevarse á efecto para conseguir, al mismo tiempo que buenos ingresos, un dia de distraccion y alegría para nuestras familias.

—Eso, eso; repitieron en coro los demás asistentes.

—Pues bien, hay que comprar ocho toros de buenas ganaderías. Cuatro y cuatro ¿eh? Siempre hay esperanza de más variedad, cierta competencia, y... para que no nos den gato por liebre, será necesario que dos individuos de nuestro seno sean comisionados y autorizados para tratar con los ganaderos de la adquisicion del ganado.

—Sí, señor; que sean toros andaluces.

—Que sean navarros.

—Que sean de la tierra.

—¡Quita de ahí, hombre! pues vaya un viaje largo. Al fin el que salga para Andalucía puede pasar bien algunos dias, y ver algo, pero los alrededores de este pueblo ¿qué distraccion ofrecen?

—Tambien costará más el viaje.

—¡Bah! ¡Qué cosa tan importante dices, amigo Caracalla! Propongo, señores, que el viaje se haga sin economizar gastos, que realmente no pueden ser muchos ni muy crecidos, porque

se reducen á los que originen la manutencion, dietas y gratificaciones que se vean obligados á hacer nuestros compañeros comisionados, además de tres ó cuatro dependientes, en ocho dias, poco más ó ménos, que puede durar el viaje. Y aunque los gastos sean algo crecidos relativamente, lo exige así el decoro de nuestra Corporacion, que no ha de presentarse en ninguna parte por sí, ni representada por sus individuos, ostentando pobreza...

—Pero, señores, interrumpió Caracalla, si la Corporacion es pobre, si debe más que tiene y puede tener en diez años, y esto lo sabe todo el mundo, ¿á qué engañar ni engañarnos?

—Pues decia, continuó el Congregante, sin hacer caso de su compañero, que aunque los gastos fueran algo crecidos, del producto en venta de los billetes para la fiesta han de rebajarse, conque subiendo el precio de las localidades todavía hay ganancia.

—Pues más habria si no se hiciesen esos gastos inútiles. Sí, señor, inútiles. Los ganaderos, de un modo ó de otro, es decir, pidiéndoles toros desde aquí ó pidiéndoselos en su casa, lo mismo nos han de servir, lo cual no sucederia si entendiéramos algo de ganados: pero si aquí no hay ninguno que los haya visto en su vida. Si no veo en la Hermandad más que abogados, tenderos, sastres, y... así, gente cortesana y no de campo, qué hemos de entender de réses bravas ni de.....

—Salió *este* ya con las suyas. ¡Hombre, aunque no hubiéramos visto toros en nuestra vida!

—Pues, claro es. La mayoría de los que aquí estamos no los hemos visto hasta que entramos en la Cofradía. Tú mismo sabes bien, que no has asistido á ninguna corrida, porque decias era un espectáculo muy bárbaro, lo cual no quita para que ahora que te dan

billete de balde, dejes de asistir ni un día; y eso que hace ya dos años nos hicimos juntos sócios de la Protectora de animales.

—Basta: no hay más que hablar. Todos ménos nuestro cofrade Caracalla, estamos conformes con el nombramiento de la comision: propongo, pues, que esta la compongan los Hermanos Zapata y el mismo Caracalla. ¿Estais todos conformes?

—Si Vds. se empeñan... y, encojiéndose de hombros, *calló* Caracalla.

—Pediremos, continuó el Congregante referido, á cualquier comerciante, unas moñas sencillas con plumas y florecitas y flecos que cuesten poco. De este modo nada tenemos que agradecer á la mujer del Alcalde, ni á las de los pudientes del pueblo. ¿Eh?

—Mejor seria, dijo otro, que esas señoras, ú otras, nos regalaran las moñas, porque siempre son de más lujo y llaman gente si se ponen en un

escaparate á la puerta de la casa nueva, junto á la plaza.

—Es que al ganado le causan más perjuicio de lo que parece, según he oído á un ganadero, que prohíbe siempre que á sus toros les pongan moñas.

—Pues no comprarle toros á ese ganadero, que no faltarán otros que las consientan. Yo quiero moñas de lujo, y banderillas con flores, y pajaritos, y miriñaques, y... ¡Pues se reirá poco mi mujer cuando vea salir de la funda de una banderilla un miriñaque!

—Vaya, pues, aceptado. Moñas pedidas á las señoras principales del pueblo, y banderillas que cuesten á dos duros el par.

—¡Ave-María! Por dos duros pueden presentarse una docena de pares mejores que las usadas el año pasado, porque en vez de cintas que cuestan poco, tendrán plumas que cuestan más; en vez de cartoncitos y papelitos de colores, llevarán flores de mano, y...

—Cómo se conoce que eres del oficio, díjole en voz baja el individuo que á su lado estaba; y en voz más alta exclamó; que se encargue el amigo Cartera de todo lo relativo al servicio de banderillas. ¿Les parece á Vds.?

—Conformes: y vamos á lo principal y más importante.

¿Qué espadas contrataremos?

—Eso no se pregunta. A Sabandija y á Librador.

—Ya. ¿Pero querrán venir? ¿No tendrán ajustes en otras plazas? Porque, señores, si no vienen los dos juntos, que será lo mejor, ó al ménos uno de ellos, los precios de los billetes no pueden ser tan caros. ¿Conoceis vosotros á alguien que pueda ser para ellos buen empeño? Hay que traerlos, cuesten lo que cuesten, y es necesario hablar y comprometer á todas nuestras relaciones altas y bajas para conseguirlo.

—Conformes de toda conformidad.

—Otra cosa. El asentista del pueblo, á quien hemos arrendado la plaza, tiene obligacion de facilitar de su cuenta, dependientes, cabestros, mulas, etc. ¿Le encargaremos que cuide mucho de presentarlo todo en el mejor estado de lucimiento?

—Oh, sí, en eso debemos ser inexorables. Nada de contemplaciones. Tratemus ahora de otra cuestion.

—¡Ya sé cuál es, la de los billetes...

—¡Que se vendan todos!

—¡Que salgan á subasta!

—¡Que se hagan lotes!

—¡Que se repartan!

—¡Que se venda la mitad y la otra mitad que...

—¿Quereis callar? Así no nos entenderemos nunca. En este pueblo hay la maldita costumbre de dar al que compró un palco, por ejemplo, el año pasado, y el anterior, y el trasanterior, vamos, constantemente, de darle digo, la misma localidad, por su precio se en-

tiende. Con esto nos causa más perjuicio del que á primera vista parece, porque como nosotros no hemos hecho lo mismo que aquellos, ahora que queremos traer á nuestras familias y amigos y relaciones, siquiera porque nos vean en palco de gran preferencia, no tenemos localidad decente de que disponer.

—Ningun derecho tienen á ocupar siempre el mismo sitio; que vayan á los tablados si quieren.

—Y si no que no vayan.

—Primero somos nosotros; ¡no faltaba más!

—Pero dicen que la costumbre es ley, que hay muchos que llevan treinta ó cuarenta años de asistencia constante, y si ahora se les priva de esa ventaja, no querrán otro sitio y dejarán de asistir, lo cual en el pueblo haria muy mal efecto contra nosotros. Es posible que alguien creyera que nos quedábamos con los billetes, como si

no fuésemos cada uno á pagar el importe de los que nos repartamos.

—Pues respetadles eso que llaman su derecho. Así como así, nuestro objeto es procurar que todas las localidades se vendan, y tomándolas ellos ya tenemos cobrada una gran parte del producto. Cargar bien los precios y que lo paguen caro, ya que lo quieren.

—Ni aun de ese modo deben dárseles los billetes. Ha habido alguno, que queriéndose comparar con nosotros y tratándome de igual á igual, me ha dicho que si él no tenia derecho escrito tenia la costumbre inmemorial á su favor, mientras que nosotros no podíamos presentar en nuestro apoyo ni el escrito ni la costumbre.

—A mí me ha dicho otro atrevido, que él y los que se hallan en igual caso, componen gran parte del cuerpo que con sus votos nos ha elegido, y que no siendo nosotros mas que admi-

nistradores de sus bienes, ellos son los que mandan y nosotros los que debemos hacer lo que ellos quieran, como siempre cumple el mandatario lo que el mandante le ordena.

—No hay que hacer caso de disparates. Buscaremos una fórmula para proponerla en sesión pública, y si no todo sacaremos algo. ¿Qué os parece?

—Aprobado: pero conste que queremos llevar á las mujeres y á las niñas á ocupar buenos asientos; que yo me he gastado 1.000 pesetas en mantillas blancas y no es cosa de que las luzcan en un tendido. ¡Estaría decente!

—Quedamos pues en que se hará un viajecito á cuenta de los productos, para adquirir ganado; que compraremos unas banderillas de lujo, también con el importe de los productos; que nos valdremos de estas ó de otras personas influyentes para *suplicar* á los primeros toreros que tomen parte en la corrida; que procuraremos, como me-

jor sea posible, quitar los billetes á quienes siempre los han tenido, para disfrutarlos los que nunca los tuvimos, por supuesto pagando su importe, eso sí.

—Pero...

—Silencio. *Este* siempre ha de interrumpir.

—Pero ¿qué necesidad tenemos de compromisos que se nos echarán encima en cuanto sepan que nos quedamos con los billetes?

—Basta, hombre, cállate. Si tú no quieres los que te correspondan, no faltará quien los tome y... tan contento.

—Se olvida una cosa importante, hasta cierto punto. Tengo entendido, dijo el Cofrade que habia gastado cuatro mil reales en mantillas, que en años anteriores se ha obsequiado á todos los Congregantes y á sus familias y amigos y conocidos con un refresco, ¿por qué no ha de suceder lo mismo este año?

—¿Y qué necesidad hay de ese gasto? El que quiera comer ó beber que lo pague de su bolsillo: no parece sino que los fondos de la Hermandad son nuestros; y si al fin sobraran, pero tenemos más trampas...

—Vaya, dijo el Corregidor, ó lo que fuera; de la cantidad que tengo para gastos, yo pagaré el refresco. Todo ello es nada; quinientos duros poco más ó menos.

—Pero esos quinientos duros podían emplearse en alguna cosa útil...

—Los gasto en lo que me parece ¿está Vd., amigo mio? Habrá pasteles, emparedados, vinos y licores, dulces y helados. ¡No faltaba más!

—¡Bravo, bravo! exclamó la mayoría, y hubo quien añadió con enfático acento:

—¡Sigán usos y costumbres!

CAPÍTULO IX.

Los contratos.

—No se canse Vd., señora, no puede entrar ahora, ni yo pasar recado. Lo ha prohibido el Sr. Hermano mayor, y yo no he de desobedecer su orden. Espere Vd., tenga un poquito de paciencia.

—¿Pero no recuerda Vd. que soy la viuda del Jefe anterior á éste?

—Sí, señora, aunque era de otro color; es decir, que el difunto era moderado, y ahora ya no hay moderados.

—Ni moderacion tampoco; ni atencion, ni urbanidad, ni...

—¡Buenos dias! dijo á este tiempo, con voz ronca, un individuo que entró

por la puerta de la casa en que esta escena ocurre, dando un gran golpazo á la mampara.

—Voy corriendo... dijo el portero, pase Vd., y abrió con un llavin la segunda mampara, que conducia á otras habitaciones, en las que entró aquel *interesado*.

—Diga Vd.: ¿quién es ese que ha entrado al despacho sin aviso previo?

—Es... yo diré á Vd., yo no sé más que le llaman el *Vicioso*, y que es apoderado, ó representante ó encargado del matador de toros Sabandija.

—Ya... es antes el vicioso que el virtuoso; está bien. ¡A qué tiempos hemos llegado! ¡qué vergüenza!... y aquella señora, sin esperar á más y refunfuñando mucho, salió de la portería, roja la cara y encendidos los ojos de ira.

El Vicioso entró en un despacho elegantemente puesto. Mucho terciopelo, muchos adornos de oro, muchos

relumbrones veíanse en todo aquel salon.

Nuestro hombre, grueso y coloradote como un tudesco, con zamarra de pieles negras y zapatos blancos, saludó al Jefe de aquel establecimiento, que al verle entrar se levantó, y despues de darse la mano como dos buenos amigos y antiguos conocidos, arrellanáronse cada uno en su butaca, sacó aquel un puro, pidió el suyo al Jefe para encenderle, y limpiándose el sudor, montó una pierna sobre otra y dijo:

—Vamos á ver: ¿qué es lo que ustedes quieren?

—Que hemos pensado dar una corrida de toros para la Casa de Caridad del pueblo y contamos con Sabandija.

—Segun y cómo. ¿Para cuándo piensan darla?

—Queríamos celebrarla el dia 20.

—Que se les quite á Vds. eso de la cabeza. Sabandija tiene ajuste de otras

plazas para ese día y para todos los que restan de mes, y para el 5 del próximo, y para el 8, y para el 17, 18 y 20, y...

—Basta, hombre, basta. Entonces daremos la corrida en día de trabajo. ¿Qué día le parece á Vd.?

—Pues mire Vd., en jueves no puede porque siempre le pasa en el campo; si acaso en lunes, miércoles ó sábado, porque los martes y viernes no quiere trabajar y hace bien, porque son aciagos. A mí se me murió un niño en viernes y me casé en martes, conque mire Vd.

—Veamos el calendario. El 7 es domingo y no puede ser porque no tenemos la plaza á nuestra disposición; el 8 dice Vd. que tiene ajuste; el 9, es martes; el 10, hay cabildo de importancia; el 11, es jueves y día a propósito, pero como no quiere... el 12, tampoco por ser viernes. Vaya, pues la fijaremos para el sábado 13.

—Quiá, de ningun modo. Conque le digo á Vd. que los martes y viernes son aciagos, y no se le ocurre que todavía es peor un día 13. ¡Bonito número como hay Dios!

—Pues sea el 15.

—Sea enhorabuena; pero luego no se vuelvan Vds. atrás; y si se deciden ustedes, avísenme mañana mismo, porque tengo que escribirle con anticipación, no sea que admita otra contrata para ese día en otra parte.

—Bueno, descuide Vd., se le avisará en cuanto hablemos con Librador á ver si quiere favorecernos en ese día. Si no, no habrá más remedio que buscar otros matadores.

—Pero hasta ahora todo va bueno. ¿Y de cuartos?

—Amigo Vicioso, nos hace Vd. una ofensa que no comprendo. Nunca ha dejado de pagar la Corporación á los toreros, aunque haya faltado dinero para dar limosna á los pobres del pueblo.

—Si no es eso. Digo que cuánto va á ganar Sabandija.

—Lo que el año anterior; cuatro mil pesetas por matar dos toros. Se entiende, para él y su cuadrilla.

—Entiendo: pero eso no puede ser. Si á Librador se le da esa cantidad, hay que señalar á Sabandija lo ménos 200 pesetas más. Si no, no trabaja.

—Hombre, mire Vd. que es para la Caridad el producto de la funcion.

—La caridad bien ordenada, principia... Mire Vd., lo mismo me dán cien pesetas que doscientas; cárguenlas ustedes á otra cuenta, por ejemplo á los refrescos, que dicen por ahí que van á dar, ó con el coste de banderillas, ó de caballos, y si no con lo que les parezca. Me es igual. ¡Conque Vd. me avisa lo más tarde mañana, verdad?

—Sí, señor. Memorias á Sabandija, y sabe que tiene en mí un amigo de quien puede disponer, etc.

—Gracias, gracias, y salió con el sombrero encasquetado.

No bien acababa de salir el Vicioso, entró enaquella habitacion un Hermano del Cabildo, con visibles muestras de mal humor.

—¿Qué hay? dijo el Jefe.

—Nada; no se puede con ese hombre. Ni halagos, ni promesas, ni elogios ni compromisos de ninguna clase le vencen. Se ha empeñado en no trabajar en este pueblo, y se sale con la suya: en vano ha sido decirle que su sola aparicion en el redondel habia de entusiasmar y arrebatarse al público; que todo al Cabildo iria á rogarle á su casa, que pidiera cuantas localidades quisiera; nada, erre que erre, ha repetido resueltamente que no nos cansásemos y que si se le molestaba más, se iria lejos de este pueblo. Le indiqué la posibilidad de un buen regalo y esto le ofendió en extremo, hasta el punto de decir que él podia arrojar al mula-

dar en un día, más que lo que nosotros pudiéramos darle en un año.

—Amigo Zapata, ahí lo erraste, no es ese el flaco de Librador; hubiérasle hablado sólo de su gloria y de su fama, y tal vez...

—No, señor, que también he tocado ese registro y no le ha hecho mella. ¿Qué más? He hecho que le hablen la Duquesa de Hojafuerte, y el mismo Marqués de Matihuelos, á quienes respeta y quiere con delirio; y sabes lo que les ha dicho: Que le pidan cuanto tiene, que le exijan que no tome en sus manos el estoque durante un año, que le priven de ver á su familia otro tanto tiempo, pero que no le obliguen á decir que no puede acceder á sus deseos.

—¡Qué terquedad! Y nos era muy necesario. Razones tendrá para pensar así ó serán manías tuyas; pero lo cierto es que á la Corporación la perjudica. Encárgate de buscar otros que

acompañen á Sabandija, y ya que no en calidad, presentemos en cantidad gente que llame la atencion.

—¡Hay tan poco para escoger! Te digo que cuesta más trabajo contratar las cuadrillas, que obtener diez concesiones de ferro-carriles, con subvencion y todo. Del ganado ya tengo hecho el contrato, aunque sólo verbalmente: su dueña, doña Agueda, nos dará cuatro toros de primera y cuatro de segunda, porque ni áun pagándola más precio quiere ceder todos de aquella clase; dice los necesita para las corridas de Agosto de la ciudad de la Concha; que los ocho se han de pagar al mismo precio; que sobre este se han de regalar seis onzas, para alfileres; que será de nuestra cuenta si se inutiliza algun toro desde el dia del contrato pagársele como ya vendido; que hemos de pagar tambien á los vaqueros los gastos de conduccion y propinas; que si se encajonan

para trasportarlos por ferro-carril, á nuestro cargo vá la operacion; y que si vienen por el camino y causan algun destrozo, hemos de abonarle con los daños y perjuicios. Eso sí, nos permite escoger en sus dehesas los ocho toros de ambas clases. Mañana saldremos en tres carretelas y un faeton, seis Hermanos de la Cofradía, el Secretario, el oficial Lopez, dos escribientes y tres porteros; y tal vez nos acompañen Pepe el Moñudo y Roque el Calesero, que son aficionados que entienden mucho y nos pueden servir de algo. Ven con nosotros y pasaremos dos ó tres buenos dias de campo.

—Imposible; me lo impiden los negocios, bien lo sabes.

—Es verdad, conque hasta la vuelta.

—Oye... como siempre se han de originar gastos en estos viajes, llévate 2.000 pesetas, ó lo que quieras. Dí á Bermudez que te las dé, que ya tiene la órden.

Salió el Cofrade, sonó el timbre, y entró el portero.

—Que vayan á buscar á el señor de Cabrero, el apoderado de Pajarin, y al Sr. Bello, el del matador Mayoral. Encargue Vd. que si pueden me hagan el favor de venir esta noche á *primera hora*, de doce á una, y si no mañana *temprano*, de dos á tres de la tarde.

—Está bien, señor.

—Y si viene alguien á verme, que no estoy.

—Bien; ya han estado los señores Vazquez, Lezameta y Conchillos, pero les dije quién estaba en el despacho y no han querido esperar.

—Han hecho bien, murmuró en voz baja el gran cofrade, porque no hay un cuarto para pagarles.

.....

A poco más de las doce de la noche llegaron á la Sala de juntas de la Hermandad los apoderados de Mayoral y Pajarin, matadores de toros.

El del primero, jóven, elegante, de simpático y agraciado rostro, y el del segundo alto, blanco, rubio, de distinguido porte. Venian juntos y entraron sin detenerse en el salon que ya conocen mis lectores. Pocos minutos esperaron fumando, hasta que llegó el gran Cofrade, que despues de los saludos de costumbre, les dijo en breves palabras que se habia acordado de los matadores referidos, para que en union de otro espada, trabajasen en la corrida que la Hermandad preparaba para el dia 15, y que se sirviesen fijar las condiciones.

Ambos apoderados respondieron que estas eran las mismas que en el último año; y replicando el Cofrade si no podrian rebajar algo del precio, contestó el Sr. Bello, apoderado de Mayoral:

—Agradezca Vd., y agradezca la Congregacion, que no suba el precio, porque se trata de una obra de caridad y porque el deseo del chico es

trabajar, y trabajar mucho para que conozcan su mérito.

Y el representante de Pajarin, con cierto desdén, manifestó que su ahijado hacia favor al tomar parte en la fiesta, desatendiendo tal vez otros compromisos.

—Bien, señores, no hay más que hablar, será lo que Vds. quieran; pero yo tendria gusto de decir á mis compañeros que habia obtenido ventajas que ellos no esperaban. En fin... yo me he acordado de Vds. antes...

Se sonrieron los dos jóvenes, y el de Mayoral dijo:

—Vamos, Sr. Rubio, entre nosotros puede decirse; ha venido Vd. á mí porque el Majo no puede trabajar aquí en ese dia y Rostrito lleva más caro; si todo lo sabemos.

—Saben Vds., amigos Cabrero y Bello, que soy suyo, y que se les avisará oportunamente.

—Adios, y con cuatro cortesías de

pura fórmula se despidieron, repitiendo dos ó tres veces la frase *adios*.

—Gracias á él, que ya están concluidos todos los preparativos importantes, dijo viéndose solo el Hermano mayor. Los demás detalles ya los arreglarán como puedan los compañeros; estoy harto de fiesta, de cartas de recomendacion, de pedidos de billetes, de amigos que de ella me hablan, de personajes que me punzan, aludiendo á la funcion, de público que me pincha, de periodistas que están á la expectativa, de mi mujer, de los dependientes, y de todo y de todos.

Y se dejó caer en una butaca, tomándose la frente con las manos.

CAPÍTULO X.

Murmuraciones.

Es un pueblo de mucho vecindario en el que pasan las escenas que voy á describir. Pueblo alegre como todos los de España, amigo de divertirse como pocos, que vive al dia y que gasta en una semana lo que gana en un año. Pueblo rico é ilustrado, ó que al ménos lo parece, donde no hay dia durante el cual dejen de ocurrir muhas cosas buenas y malas, ocultas aquellas y divulgadas estas más de lo conveniente; donde no cesa la murmuracion, se hace alarde del escándalo, y nunca está ociosa la lengua para relatar aventuras de damas trasnochadoras ó de gala-

nes que usan mejor del don de la palabra que del de entendimiento. Pueblo bonachon y honrado en su mayoria, pero veleidoso é inconstante, como mujer coqueta; que con aparente fé y verdadera contricion asiste devoto á una funcion de iglesia, de igual modo que injuria y maltrata á los apóstoles de su religion, si es que tiene alguna; que llora con el desgraciado y le socorre con generosidad, ayudándole y protegiéndole, al mismo tiempo que sin darse de ello cuenta, causa la desgracia de otro ú otros. Pueblo, en fin, que cual rio revuelto, lleva en su seno tesoros, inmundicias, productos de la virtud y del vicio, gérmenes del bien y del mal, mezclándose y confundiéndose loca y precipitadamente, subiendo con ligereza, bajando con pesadez y siempre, siempre en eterno movimiento, sin quedar cosa alguna de las que arrastra en el fondo de su cáuce.

¿A qué hé de decir el nombre de este

dichoso pueblo? Con figurarse cada uno de mis lectores que es el de su vecindad, es muy posible que acierten. Todos los pueblos se parecen entre sí.

En el que he indicado, andaba la gente novelera muy solícita y soliviantada, tres días antes del en que pasan los sucesos de este capítulo, con motivo de haberse anunciado en grandes cartelones, fijos en los principales puntos de la villa, una gran corrida de toros extraordinaria á beneficio de las Casas de Caridad, ó Asilos de Necesitados, que en esto no ando muy seguro. Las fondas, restaurants, cafés, cervecerías, *colmados*, tabernas y todos los demás establecimientos públicos en que se hacian frases y á todas horas habia tertulia, eran de ver llenos de gente que hablaba, cuestionaba, disputaba y hasta insultaba, á la que contestaba, distinguia, respondia y en tono alegre y zumbon unas veces y otras con marcadas señales de enojo, agria-

ba la conversacion ó la tornaba en chistoso y punzante diálogo en que alguno iba perdiendo.

A la puerta de una de las más afamadas cervecerías, sostenian animada discusion hasta cerca de una docena de hombres, jóvenes en su mayor parte, puesto que sólo dos ó tres demostraban en el color del pelo que su otoño era llegado. Como no se recataban de hablar casi á voces, no parecerá imprudente trasladar aquí lo que decian, poco más ó ménos; y con la vènia de mis lectores, así lo haré, si bien suprimiendo algunas palabras y aun frases, que podrian lastimar, más que sus oidos, los ánimos de otras personas.

.....

—Desengáñate, Pepe; el cartel no puede satisfacer á ningun aficionado. ¡Nos ponen cuatro espadas, pero qué espadas! Si quitas á Sabandija, los demás son de lo peorcito en el arte, y lo

mismo sucede con los picadores. Es verdad que son de los de poco dinero, como decia el de los garbanzos de marras, chiquititos, pero duros; parece mentira que la Cofradía se haya atrevido á fijar á las localidades unos precios tan exorbitantes.

—Pero amigo Lopez, el que no quiera pagar esos precios, que no compre billete; así como así, deseando están los Cofrades que les dejen muchos los abonados, para poder satisfacer los compromisos que tienen.

—Compromisos tienen porque los quieren y se los buscan, dijo un tercero. Si no se guardaran ni un billete, y el público lo supiera, nadie iria á pedírselos. Cuando ellos lo hacen, cuenta les tendrá; y no digo esto porque les reporte utilidad, no; sino porque tal vez de ese modo pueden congraciarse y adular á personas de su agrado, á quienes algun dia necesiten. ¡Ah! Si quien puede exigiera que to-

dos los billetes fueran al despacho, no habria compromisos, ni quejas, ni nada.

—Déjate, hombre, que todo se andará.

—Oiga Vd., Lopez, dice otro: ha dicho Vd. antes que los espadas anunciados son de lo peorcito en el arte, y me va á permitir le pregunte, ¿qué es lo mejorcito?

—No se enfade Vd., que no tengo empeño en llamar bueno á nadie.

—Bien, pero es que no dice Vd. que son buenos, es que dice que son malos; y si es eso aludiendo á Mayoral, yo le contesto que no le hay mejor que él como matador, ni como torero, ni como hombre, ni como caballero, ni...

—Tampoco le contradigo á Vd. Eso va en gustos; es cuestion de apreciacion, de simpatía.

—Tiene razon Lopez, y no hay por qué incomodarse. A tí te gusta Mayoral, á Pepé le parece mejor Sabandija;

á Fulano, Librador; á Zutano, el Majo, y así los demás. Pero interiormente ya sabes tú y sabemos todos cuál es mejor torero y cuál es mejor espáda.

—Bueno. ¿Y cómo explicas que hayan contratado á Pajarin y no se hayan acordado de Serafin?

—Eso va en simpatías, tan bueno es uno como otro en su categoría.

—Yo os lo explicaré. Haced corro y secreto ¿eh?

—¡Secreto! Venga pronto. Salga la bomba... Chist!!!

—La madre de la... niña que se lleva hoy las atenciones de Pajarin, era en sus tiempos amiga íntima, muy amiga, como que vivían juntas en una misma casa, y pasaban muchos ratos sentadas á la reja de la calle tomando el fresco en el cuarto que habitaban, de...

—¿De quién, despacha?

—De la Marcela ¿no sabeis quién es? la persona más allegada á...

—¿A quién? ¿á quién? Y como estrecharon el corro yo no pude oír el nombre de la persona á quien se refería aquel mûrmurador.

Si no estuviera persuadido de que en este pueblo no hay honra segura, aquel maldiciente me hubiera convencido de ello. Es verdad que cuando los de abajo gritan: ¡Qué dirán! contestan los de arriba: ¡Qué se me da á mí?

CAPÍTULO XI.

A los toros.

Llegó el día de la función.

La ciudad desde antes de mediodía presentaba un aspecto animadísimo. Las gentes se preguntaban unas á otras: ¿Vas á los toros? ¿Con quién vas? ¿Qué asiento tienes? ¿Qué noticias hay del ganado? Y otras frases iguales ó parecidas se repetían cada tres pasos en todos los sitios del pueblo más feliz de la tierra en aquel día.

Difícil es para mí describir con verdad el bullicioso aparato de una población en día de toros; conozco, sin embargo, que debo manifestar al lector, cómo es y cómo celebra cualquier

villa en España su fiesta más querida, pero ante los magníficos relatos que otros han hecho, ha de ser pálido cuanto yo diga, y á más de pálido, atrevido. He creído, por lo tanto, conveniente ceñir mi narracion á la exposicion de un pequeño y mal pintado cuadro de costumbres populares con el cual, si bien no puede formarse completa idea de lo que debiera ser, cumplo como sé y como puedo. El lector, aunque vea en el lienzo el tono de una capital de primer órden, puede acomodarle al del pueblo de España que mejor le parezca, sin temor de encontrar gran diferencia, que en todas partes hay los mismos tipos que yo bosquejo ligeramente, y en todos los pueblos pasan y suceden las mismas cosas.

Allá vá, pues.

.....

—Manuela, sácame la chaqueta de astrakan y la camisa bordá, que hoy

torea el Andaluz y se corren ocho jarameños, y va á haber carne, como decimos los aficionados de veras.

—¡Paco! ¡Conque hay toros y no me yevas? Anda, ingrátón.

—Pero, mujer, si vamos cuatro amigos, y ya ves, una hembra no está bien entre tanto hombre; á más de que yevamos merienda y tocamos á medio duro, y no está bien que por dos motas y media disfrutemos dos personas del avío.

—Toma otro medio duro y alzando... ¡Vaya un reparo! ¡No va Miguel contigo, como siempre? Pues bien, pué llevar á Nicolasa, y...

—Te digo que no... que no hemos pensao en mujeres... ni en...

—Mira, Paco, tengamos la fiesta en paz y no hagas que me atufe; yo voy á los toros porque sí, y porque me da la rial gana. Si no quieres que vaya contigo no me faltará con quién... que veintinueve años tengo y la hija de mi

madre no se ha quedao entoavía sin sastifacer un capricho...

—Manuela...

—Paco, no es denguna cosa enlícita y que esté prohibía lo que yo quiero. ¡No vas tú á los toros? Pues yo tambien, hijo mio, que en un dia nos casamos. Y va á ir tambien mi Pepito, que pá eso le ha compraó su madre la chaqueta de terciopelo y el calañés y el traje completo. ¡Hijo de mi alma! Si no se pone hoy el vestío de chulo ¿pá cuándo es?

—Ya me has pillao, endina; que tienes más pesqui que un catredático. Miá cómo has sacao á relucir el chico; porque sabes que no le niego ná y le quiero con toa mi vida. Anda, yámale, y aviaros, que voy á ver al señor Doblao, el almacenista, pá que su yerno traiga dos billetes, cuesten lo que cuesten.

—¡Bien por mi Paco y por sus humos! Dende la Fuentecilla á la Florida

no hay otro que quiera más á su mujer y á su hijo; ni naide quiere más á naide, que la Manuela y su hijo, á Paco el Ribereño.

Salió Paco de la casa en que esta escena ocurría, un domingo de Junio, y empezó Manuela á gritar desde la puerta:

—¡Pepito! ¡Pepe! Corre, ven corriendo, que te voy á yevar á los toros!

—¡Ayá voy! contestó una voz infantil desde el patio de la casa, al mismo tiempo que dos vecinas de los cuartos bajos salieron de sus habitaciones, diciendo la más anciana, que frisaba en los cincuenta:

—¡Malegro, mujer! ¡Y con quién vas, con tu marío ó con las señoringas de enfrente?

—Con mi marío y con mi hijo, y con la Nicolasa y el suyo, y qué sé yo quién más.

—Lo decia, porque como te ajuntas

tanto con esas *señoras* que no tienen padre, ni hermano, ni hombre denguno en su casa, y son tan amigas de divertirse, sin que sepamos de dónde sacan el dinero pá ello...

—Ni nos importa, señá Inacia; qué afan de meterse en vidas ajenas. Eyas no dan qué hablar, son parroquianas de mi Paco y pagan puntuales. ¿Qué motivo dan pá que se las critique?

—Como yevan tanto gorro, y tanto lazo, y tanto abanico de á vara, y tóo eso cuesta el dinero; en fin á mí no me gusta meterme en lo que cada uno hace; allá, su alma en su almarío; como Vd. dice qué nos importa: y diga usted Manuela, ¿y va Vd. á ponerse el manton de Manila? Misté que hace mucho calor y sofoca.

—No lo crea Vd., señá Isidra: á más que me le compré pá los toros, y pá ir á la praera, vamos, y pá un dia que *una* se viste. ¡Pero vienes, Pepito! Anda, hijo, que te voy á vestir con el

calañés y la chaqueta de terciopelo. Diquiá luego.

—Anda con Dios y dáte prisa, mujer, que luego se hace tarde, contestó la señá Inacia, guiñando el ojo á otra convecina, á la que hizo entrar en su habitacion tomándola del brazo.

Antes de media hora volvía Paco con otros amigos y dos amigas vestidos de día de fiesta. Las últimas desde el pié de la escalera, empezaron á gritar:

—¡Manuela! ¿estás yá? ¡Que es tarde! ¡Dáte prisa, que son cerca de las tres!

—¡Hola! Güenas tardes, cómo se conocen los aficionaos verdaeros. Yo ya estoy aviá; no me falta más que ponerme las botas claras y echarme el manton, pero estoy lavando al chico, que es más arrastrao... mientras avía-te tú, dijo á su marido, y vosotros asentaros. ¡Chica, qué arracás traes! No te las he visto hasta hora.

—Se las he tomao á la Matea, la fiadora, en 40 duros á pagar uno cá semana. ¿Te gustan?

—Sí, son bonitas, pero son mejores los brillantes de mis broquelillos y me llevó el Sr. Doblao más barato por eyos. ¿Cuánto costaron, Paco? ¡Paco! ¡Paco! ¿Que cuánto costaron mis broquelillos?

—Qué sé yo, mujer, no me acuerdo, dos onzas me parece. Ahora lo dirá el señor Doblao, que nos espera pá venir con nosotros á los toros.

—Mejor me quedaba sin náa que comprar nada á ese hombre. ¡Jesús, chica! ¡No he visto hombre más chamarilero! lo mismo vende aceite y garbanzos, que compra alhajas y relojes perdíos; y ajusta en el puente un carro de trigo ú dos ó más, cuando está de servicio Tibulcio, su sobrino, que no sé por qué le llaman Fiel... de puertas, como baja al mercao el jueves, y si no le largan por bajo cuerda

argo que se cuente, es capaz de hacer mal tercio al lucero del alba.

—Ya ves, Colasa, el hombre se *vande* así; y naide tié que hablar de él, porque dicen que hace muchos favores. A mí ni á mi marío, en buen hora lo diga, nenguno nos ha hecho...

—Manuela, vamos, yo ya estoy. ¡Y Pepito? Tambien, mírale que paece un sol.

Y el chiquitin, vestido de pantalon negro ajustado, chaqueta de terciopelo color de guinda, camisa blanca como el ampo de la nieve, faja de seda de mil colores y bota de charol como los hombres, pasa de mano en mano entre los concurrentes, que le besan y elogian y toman en brazos con marcadas señales de cariño.

—Vaya, señores, aquí náa se nos ha perdío: á la caye, que es tarde y andando. Tú Manuela echa la yave y ahora la dejaré en casa del Sr. Doblao, al paso.

—Señá Inacia: si no sale Vd. hoy, hágame el favor de echar un ojo á la puerta, y eso que aquí no hay cuidiao, ya lo sé.

—Vayan sin cuidiao, que ni yo ni la Isidra salimos hoy.—Oye, Manuela—callandito—¿sabes que las señoras, pues, las de ahí enfrente, van tambien á los toros?—¿Y qué tié eso de particular pá tanto misterio?—Eso digo yo. Son libres y cá uno dispone como le da la gana de su dinero... ó del de cualquier vecino que se escurra. A mí no me la dán; las he seguío y en la prazuela de San Diego se han metío en un simon... vamos, yo no digo nada, pero...

—Bien, bien, hasta luego, señá Isidra.

—Mira, espera, mujer: ¿sabes quién ha pagao el coche y le ha ajustao...—aunque no tiene nada de particular,—el Sr. Doblao el tendero, pero no lo digas á naide que no quiero que por mí

pierda naide, ni me gusta meterme en lo que no me importa, ni esto quiero que lo sepan más de cuatro amigas calladas, ni...

—Más callao está entre tóos. Abur, abur, que tóos se han adelantao.

Y unos tras de otros, Paco el Ribereño con su hijo de la mano y Miguel su compañero al lado, Luis y Nicolasa y su hermana la Paquita, jóven morena dedicada al oficio de guarnecedora y novia de Luis, Perico el asentador que lleva al hombro colgada de un palo una bota henchida, y no de agua ni de aire; su hijo, mozo de quince años con un pañuelo en la mano envolviendo vituallas, y la Manuela que antes de llegar á la plaza de San Diego se unió á sus amigas, todos alegres y contentos, con paso algun tanto ligero y hablando á voces y riendo á carcajadas, vieron á la puerta de su casa al Sr. Doblado, hombre coloradote, rechoncho, de cara alegre y afeitada en totalidad, que con

su pantalon y americana de cuadros muy marcados y sombrero redondo de paja, esperaba á sus vecinos del barrio con aire satisfecho.

—Mucho os habeis retrasado, caramba, dijo Doblado; si tardais otros diez minutos me marchó sin esperaros.

—Yá, dijo Manuela; á Vd. le hubiera convenido más ir en coche simon, aunque fuera apretadito, si iban otras personas en él: y ha podido Vd. ir sin reparo, que con nosotros está cumplido, y un hombre viudo es libre...

—No la entiendo á Vd., replicó Doblado encogiéndose de hombros y coloreándosele las mejillas: pero en seguida dirigiéndose á Paco, dijo: chico, he visto el ganado que es de lo mejor que se presenta. A tener un año más, habria que sentir. Hay tres berrendos, un jabonero y dos cárdenos.

—Pues, sin verlos, pongo por el jabonero.

—Bueno es; pero mira que hay un

cárdeno que no sale mejor al redondel en cuanto á buen trapío. Oyes, Luis, ¿te acuerdas de aquel cárdeno de Moruve, que el año pasado dió tanto que hacer á Rostrito en la muerte? pues igual. Luis, ¿oyes lo que te digo?

—¡Échale un galgo! déjale, hombre, ¿no ves que va de palique con la Paca y cuando los hombres se amelonan ni ven, ni oyen, ni entienden?

—Verdad es, pero Luis sabe de toros y los vé con aficion. Bien se puede asegurar, que aunque tenga la novia al lado, él no perderá suerte ni se distraerá.

—Como que en los toros, interrumpió Miguel, nadie piensa más que en la lidia y en divertirse. Lo demás queda pá luego fuera de allí.

—¡Y que no vá gente en gracia de Dios á la corría de esta tarde! dijo Manuelā. Mira, Colasa, qué guapas son aquellas que yevan mantiyas blancas en carretela abierta; pues temprano la

han tomao. ¡Si falta toavía una hora!

—Toma, si son las hijas del Cabil-
dero Pantoja; no necesitaban madru-
gar porque tienen palco, pero querrán
que las vean, y lucirse, y ver si en-
ganchan...

—Pero, Pepito, hijóoo... ¿quieres
pararte? ¿no ves que te sofocas? Si
anda este chico el camino dos ó tres
veces como los perros. ¿Y la Paquita?
¡Ah! ya caigo, va adelantáa... como
que la acompaña Luis y se conoce que
ahora no piensan en embestidas, ni en
cuernos, sino en jabones y melares,
pero mejor es eso y más puesto en ra-
zon á los ojos de Dios y del mundo,
que lo que hace uno que yo sé y no va
lejos... que con capa de santidad se
arregla con no sé cuál de las vecinas
de enfrente de casa.

—¿Cuálas dices?

—Pué que el Sr. Doblao las conoz-
ga. Son las mosquitas muertas de
frente á casa, las de luto, aqueyas que

dicen si son huérfanas de un Brigadiel.

—Toas esas son *brigadielas*, Manuela. Ya decia yo, tener buen porte y sin trabajar, de alguna parte habian de salir las misas. ¿No le paece á ustedé, Sr. Paco?

—Lo que me parece es que teneis las mujeres la lengua muy larga; y tú ¡já qué cuentas lo que no sabes de cierto?

—Hombre, de cierto no, pero como si lo viera. ¿Usted sabe algo, Sr. Doblao?

—Yo, no; respondió éste apretando el paso.

—Pues, miste: yo sé que vienen en coche á los toros, y quién le ha pagao... y... adios con mil de á cabayo. Si lo dije... ¡Corre, hombre, levanta á Pepito que se ha caido! ¡Qué calma tienes! Ven acá, hijo, ¿te has hecho daño? Límpiale el polvo y no le regañes; ¡vaya! Sr. Doblao, paece que

deja Vd. atrás á las mujeres, y eso que está Vd. gordo. ¿Hay algo que ver en las gradas antes de que empiece la corrida? ¡Hola, hola! ¿Has visto, Colasa, en esa berlina que ha pasado, á la Antoñita, la hija del sacristan de la Virgen?

—No. ¿Con quién vá?

—Con su padre, mujer, con su padre. Eres más maliciosa que yo, que es cuanto se pué decir. Lo que no sé yo, cómo puede sostenerla con ese lujo, ¿verdá, Miguel?

—La cera chorrea mucho, hija; y en ese oficio lo mismo se gana con las bodas y bautizos que con los entierros. ¡Paco, vaya un caballo el tordo ese! ¡Qué andar! ¡Qué pecho! ¡Qué remos! Toda mi vida trabajando y no he podido comprar un mal jaco, que es mi pasión.

—Te hubieras dedicado á prestamista, como es el que le monta, y en seis meses... Arrea, valiente, á esa, á esa,

á la mohina... no alcanza ese ómnibus de ocho cabayos á la jardinera, aunque revienten, y eso que van picaos.

—Claro, como que aquel paece el arca de Noé, con más habitantes que habia en Babilonia. Manuela, ¿no te entusiasma este gentío? A mí me hace cosquillas el pecho, y me da frio por la espalda y alegría en el corazon, ver tanto coche, tanto cabayo, tanta gente, tantas voces y tanta animacion.

—¡Ya lo creo! Esto no lo hay en er mundo, Colasa, más que en España, que es la antesala de la Gloria celestial. ¿Has visto qué poco le ha faltao al tranvía pa atropellar el cochecito de aquella elegantona? ¡Y qué guapa es!

—Pero ya es jamona y tóo lo que yeva de seguro que es postizo.

—Bueno, pero eso no quita pa que sea guapa.

—No quita, pero da. ¿Quié Vd. al-

vellanas, Sr. Doblao, ó melocotones? ¡Qué dice, que están pasaos? Más pasáas están otras, y hacen tilín, y pasan... tenga Vd. cuidiao.

.....

Y así diciendo, con parecidas frases, siempre entrecortadas y nunca revisitiendo carácter de formal conversacion, los vecinos á quienes hemos intentado bosquejar, y como ellos, otros amigos, estudiantes, otras familias de clase de más tono, horteras, jornaleros, empleados públicos y particulares, militares de todas graduaciones, llegan á pié frente al magnífico circo tau-rino, al mismo tiempo que mil coches, ómnibus, tartanas y otros vehículos de más ó ménos lujo, conduciendo gente de todas las clases sociales, altas, bajas, elegantes, cursis, finas, ordinarias, pero todas alegres como nunca, sin penas ni malos recuerdos, con grandes esperanzas de divertirse y sin pensar en otra cosa que en presenciar, admi-

rar y entusiasmarse con su fiesta favorita.

¡Dichoso espectáculo que de tal manera conmueve los corazones de todo un pueblo!

.....

.....

¿Qué sucedió en la plaza? ¿Cómo fué la corrida?

CAPÍTULO XII.

Críticas y comentarios.

Las anteriores son seguramente preguntas que el lector me dirige al llegar aquí, amostazado porque no le proporciono *una revista de toros*, y no tiene en cuenta que es imposible relatar los hechos acaecidos, aunque sea sin comentarios, tales y como son. Me he explicado mal; no como son ó han sucedido, sino como cada uno de los espectadores los ha visto y apreciado. Toro huido hasta de su sombra, gusta mucho á alguno porque salta la barrera muchas veces; horrorosa desgarradura hecha por un picador en las cos-

tillas del toro, tiénese por alguien como muestra de fuerza y destreza; y golletazo ignominioso, por evidente señal de inteligencia.

Y no es lo peor eso. Peor es que el amigo ó aficionado que tiene la debilidad de entrar con otro en conversacion, allí mismo, á la vista de los sucesos y de las suertes, de que no aparta la mirada, se vé desmentido y contradicho por su *ad-lateræ*, hasta el punto de que hay momentos en que duda si el traje del matador es blanco, cuando creyó que era encarnado, ó si va á pié el picador, al que le parece ver montado.

No: no quiero que un lector suponga en mí pasion por un torero, y que otro lector crea que digo poco en su favor; que uno afirme que me he ido muy allá y otro que me he quedado corto; ni que haya lectora que eche de ménos el relato de la gracia y sal con que el banderillero puso un par á

la atmósfera, cuando ella asegura le plantó en los mismos rubios.

Para evitar estos inconvenientes, conduciré al lector, como llevándole por la mano, á varios círculos de aficionados, donde escuche las encontradas opiniones que cada uno sustente acerca de la corrida verificada; escoja despues el juicio que más le agrade y así quedará contento, que este es mi deseo, y no el de que truene contra mis apreciaciones.

Hé limitado mi papel en este libro al de mero cronista. No referí en la primera parte, como testigo ocular, lo que fué la lidia hace noventa años, y tampoco la referiré ahora. Haré lo que antes hice, y mis lectores comparen.

En la puerta del café Real.

—Mira, Manolo, si á mí me toca banderillar al primer toro, no hago lo que Pinilla; vamos, que no lo hago.

¡Qué habia yo de hacer eso, hombre!
¡Pues aunque estuviera tonto; quiá!

—Pero ¿qué ha hecho Pinilla? ¿Qué hubieras tú hecho?

—Nada, hombre, nada; con un toro receloso, que se quedaba, irse hasta la cabeza andando, exponiéndose á una cogida segura; quiá, hombre, quiá.

—Toma, pues yéndose en corto le consintió y resultó un gran par.

—Por casualidad. ¿Y si le hubiera resultado á él un volteo con hijuelas? Llevo más de veinte años de banderillero y nunca he hecho esas pariperías de esperar, sesgar, quebrar, ni ir andando á la cara de los toros, porque eso sale á la cara de los hombres, tarde ó temprano, y primero soy yo que el público. Que no me aplauden, que no me aplaudan, ¿y qué? Coja yo la *guita* y lo demás es cuento.

—Haces bien, y mejor harías si te ocupases sólo en tu oficio, sin exponerte á una cogida.

—Hombre, en mi oficio se gana poco y hay que sujetarse, y yo tengo malas pulgas para aguantar á los maestros. Con lo que gana la Paca, y con media docena de corridas que me den en verano y otras tantas en invierno, vivo bien y tengo un duro, y el dia que no le hay, tan contento, algun amigo le tendrá. ¿Verdad, Pareja?

—Que tienes razon. A mí me dicen tambien: tiene Vd. la culpa, Sr. Pareja, de no estar en una cuadrilla de las que trabajan muchas corridas, porque no va Vd. á la suerte precipitado, ni entra por derecho, y saca mucho palo, y... calla por Dios, que si fuera uno á hacer caso, tenia que andar á palos todos los dias.

—¿Y qué os ha parecido la corrida de hoy, vosotros que lo entendeis?

—Regular; ha habido cosas buenas, ha habido cosas malas; en fin, regular.

—¿Y qué ha sido lo de Bertoldo? El porrazo fué tremendo, y yo creí que habia quedado en el sitio, porque á la enfermería le llevaron como muerto.

—Nada. Han dicho que un brazo roto y tres costillas, nada.

—¡Caramba, y eso es nada!

—Nada: para cogida la que yo tuve en Palma hace diez años: creí que me habia partido 20 costillas del lado izquierdo y otras tantas del derecho: estuve sin conocimiento más de dos horas, y cuando volví en mí ya me habian llevado á mi casa: ¡aquella sí que fué cogida!

—¿Y al fin cuántas fueron las costillas rotas? ¿Estaria Vd. mucho tiempo malo?

—Ninguna, muchacho, ninguna. Pero cualquiera hubiera creido como yo, que el toro me habia partido.

.....

Y en aquel corro siguieron murmurando de otros y alabándose *á sí mis-*

mos, unos cuantos toreros de esos que el público llama toreras, maletas y tumbones. Ninguna apreciacion hacen de la corrida porque son incapaces de hacerla, por falta de conocimiento del arte de Montes; y como yo quiero que el lector oiga los juicios que le tengo prometidos, le invito á entrar en el café, y le acerco á una mesa donde se encuentran siete ú ocho hombres de distintas clases sociales, á juzgar por las apariencias, que sostienen el siguiente animado diálogo:

En el café de la Costa.

—Vaya, puesto que Vd. dice que los demás entienden poco de toros, díganos ¿qué matador es el mejor en opinion de Vd.?

Iban estas palabras dirigidas por un caballero grueso, aunque no en demasía, de blancas y muy pobladas patillas y reposado aspecto, á un jóven

alto, seco y moreno, con muy marcadas señales en su cuello de tener casas en la calle de la Gorguera.

—Yo le diré á Vd., D. Eusebio. Yo soy muy imparcial. Me gusta más Sa-
bandija, porque es muy salao y no es
tan feo como otros; y además, porque
cuando yo vine hace tres años, la hija
de la chalequera que cosia para la
tienda de un amigo del hermano de la
patrona de la casa en que paré, me
aseguró *jurándolas* que era el mejor
matador de toros que ha habido, hay
y habrá. Y yo la creí... ¡Ojalá no la
hubiera creído en otras cosas! dijo
echándose mano al cuello con expresion de amargura.

—Ya, vamos; ya se echa de ver la
inteligencia de Vd. y su precocidad
para comprender las suertes de la li-
dia de toros. ¿Conque ya lleva usted
tres años viéndolos? ¡Caramba y cuán-
to ha adelantado en poco tiempo!

—¿No vé Vd. que yo compró siem-

pre cuantos periódicos de toros se publican y los leo de arriba abajo? Verdad es que no todos dicen lo mismo, pero siempre hay alguno que dice: Sabandija sabe mucho. Sabandija es un maestro, y aquel periódico es el que más me gusta.

—Claro, dice Vd. bien; el que piense como yo, ese lo entiende. Bien, hombre, muy bien; por algo dijo usted antes que era imparcial. Siga, siga por ese camino, que ha de ser Vd. un inteligente que de seguro dará golpe.
.....

—D. Eusebio, oiga Vd. lo que dice Pacheco. Que al toro cuarto, si está en la plaza Librador y le toca á él, le hubiera matado recibiendo.

—Sí, señor, y lo diré cien veces.

—Pues diria Vd. mal, y si Librador, en el caso que Vd. indica, lo hubiese intentado, hubiera hecho peor. ¿No vió Vd. que el toro era burriciego de segundo grado?

—Pero acudia, y toro que acude...

—Hombre de Dios, si acude de muy largo por no ver de cerca, ¿cómo quiere Vd. que se venga al cite? Lo más que podría hacer era aguantarle, alegrándole de lejos, y eso era expuesto cuando ménos á deslucirse. Ha hecho bien Sabandija arrancándose de lejos y aprovechando.

—No estoy conforme, dijo Pacheco, y apartándose del corro murmuró: ¡Vaya un inteligente! Le tienen por Libradista y aplaude á Sabandija.

.....

—¡Qué pases aquellos los de Mayoral al tercer toro! ¡Ha visto Vd. darlos mejor á Montes ni á Cayetano?

—Amigo Sol: los pases han sido inmejorables; pero convenga Vd. en que el abuso de ellos echó á perder el toro y le imposibilitó para matarle bien. Si todos fueron por lo bajo y la rés humillaba demasiado ¿por qué no le dió algunos por alto? Por eso el toro se

aplomó demasiado, y cuando quiso Mayoral tirarse al volapié, no pudo, por tener el toro el hocico en tierra: entonces los chicos empezaron á marearle, consiguiendo lo que el espada sólo debia intentar, que fué levantarle la cabeza, pero ya la tenia descompuesta á fuerza de capotazos, y tuvo Mayoral que irse á él cuarteando á paso de banderillas. Esto es muy feo, sobre todo si el matador tiene la culpa. Ese chico es frio, y aunque fino y elegante, le falta arrojo y coraje en muchas ocasiones.

—No diga Vd., Sr. Lopez, que no es valiente, como por ahí han dado en decir los ignorantes. Un hombre que despues de la cogida que tuvo en la Sierra, da muerte, fresco y sereno, á aquel torazo que mató el año pasado, no puede ser llamado miedoso.

—¡Ah! ¡Si no fuera tan irresoluto! Sus dudas le puedan costar caras algun dia, si Dios no lo remedia.

—Peor estuvo Rostrito, cuando por primera vez pisó el redondel despues de su cogida en Colmenar.

—¡Alto ahí! No establezcamos comparaciones, puesto que soy de los que (1) «estiman ridícula y hasta odiosa la crítica que se contrae á un espectáculo en que se juega la vida del hombre.»

—Dice Vd. bien. Volvamos á la corrida, y á ver si están Vds. conformes conmigo. Medianos los toros jarameños que han ido á escoger los Congregantes. Ninguno de ellos valia 200 duros, y con los gastos de coches y jolgorios, pasarán de 400. Medianos los picadores, y de estos muy malo Alacrán, que se quedó en el terreno de afuera, cara adentro, dejando al toro el de las tablas. Creí que iba á ejecutar la suerte de Zahonero, que no he

(1) PEÑA Y GOÑI, página XXXI del prólogo del libro titulado *Cuernos*.—Madrid: 1883.

visto nunca, pero que describe Montes en el capítulo 8.º de su *Tauromaquia*. Medianos los banderilleros, salvo dos ó tres pares de Combate y Piojito y el cambio del primer par en el cuarto toro, que hizo Castaño. Medianos los espadas, y...

—Para Vd. todo es mediano. ¿Mediano llama al puyazo que puso Tenazas al primer toro á caballo levantado? ¿Fué mediano el par de Combate al tercero? ¿Fueron tambien medianos los pases de Mayoral al mismo bicho? ¿Estuvo mediano Sabandija en la estocada que dió al quinto hasta el puño?

—Sí, señor, mediano, y mediano y mediano; nada más que mediano. ¡Vaya un elogio á Tenazas cuando le costó el caballo y un talegazo de órdago! ¿Y el par de Combate, no era pasadito y saliendo mal?

—No, señor.

—Espere Vd. y conteste. ¿Cuando metió los brazos, habia ya pasado la

cabeza del toro por bajo el brazo derecho?

—No, señor.

—Perdone Vd., así lo hemos visto muchos. En cuanto á los pases de Mayorál, ya ha oído Vd. antes que han sido muy buenos, pero perjudiciales: y de la estocada tan bien puesta al quinto toro, no tengo más que decir que fué dirigida al cuarteo, de largo, y saliendo á la carrera, lo cual es un paso de banderilla ni más ni ménos.

—¿Y qué? ¿La estocada no fué alta y en la cruz? ¿No entró hasta el puño? ¿No cayó en seguida el toro hecho una pelota? ¿Pues, entonces, qué mejor?

—Si á Vd. le satisface que se *acier-*
te, errando, y sin arte, buen provecho; á mí no. Buenas noches, señores.

—Oiga Vd. ¿Que si quieres! ¡Mala mosca lleva! ¿Si de todo quieren entender algunos hombres!

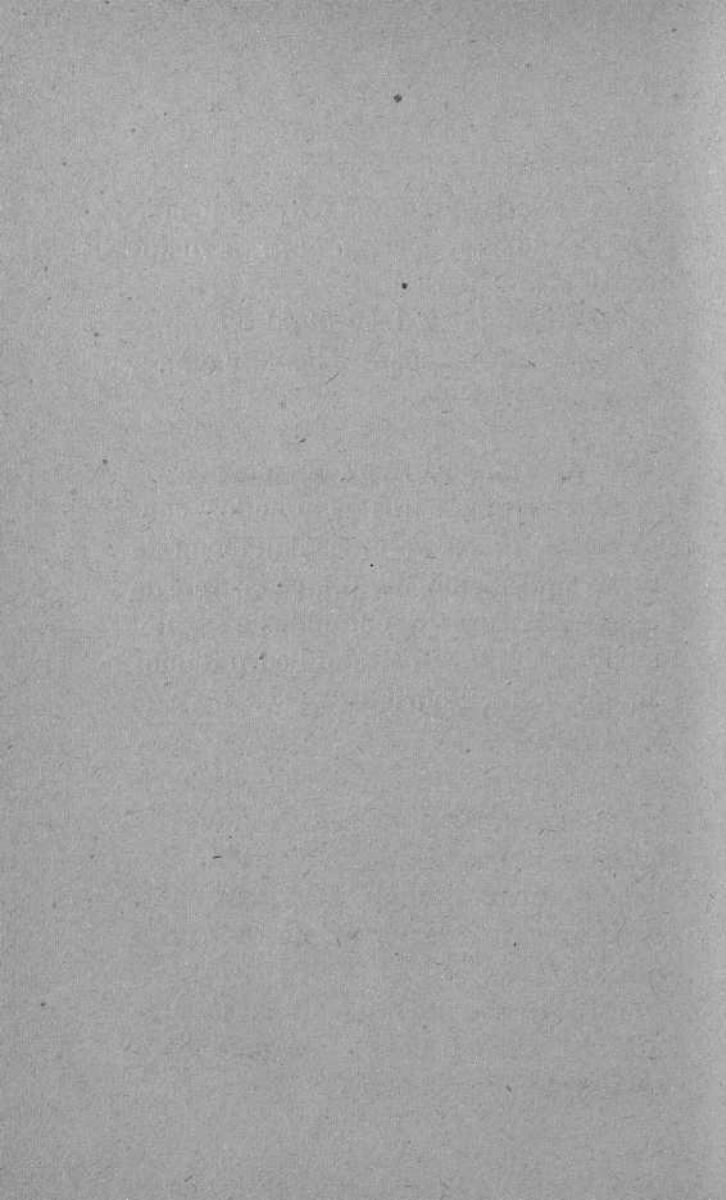
—Pues, lo que es ese, entiende de toros más que yo, y más que Vd., y

más que otros, aunque parezca lo contrario á los que forman el gran vocinglerío de la plaza.

—¡Basta que Vd. lo diga! No quiero escuchar sandeces. Hasta mañana, señores.

.....

Y poco á poco, por no ponerse de acuerdo siquiera tres de aquellos contertulios, todos van desfilando en la firme persuacion de que cada uno de ellos sabe más y entiende más del modo de lidiar toros, que Pedro Romero y Joaquin Rodriguez.



CAPÍTULO XIII

La casa de un matador.

—¡Cómo se conoce que Pajarin trae mal humor esta noche! No ha saludado á nadie desde que ha venido: ha comido muy poco y se ha tendido en la cama cuan largo es, faltando á su costumbre, que es la de obsequiar á los amigos que á su casa venimos á felicitarle despues de la corrida, saliendo luego juntos á tomar café. Francamente, la cosa no es para tanto.

—Bien sabe Vd. que él es pundo-noroso, y como no ha quedado bien esta tarde...

—¿Cómo que no? Peor ha quedado otro que ni una sola vez se ha colocado en suerte y ha pinchado siete veces atravesando, y le han enviado dos avisos, y si no es él le envían el toro al corral. Pajarín se ha portado bien con la muleta, y si al herir ha tenido desgracia, cúlpese al ganadero que cria toros grandes como montañas, y á quien no sabe lo que compra.

—Eso he dicho yo en el tendido á un guason, que me ha replicado que el torero que no tenga condiciones para ser espada, que se quede de banderillero. ¡No sé cómo no le he roto el alma!

—Gracias, Juanín, dice el matador apareciendo en la sala donde pasa esta escena. Ya sé yo que eres buen amigo, y que todos Vds. lo son también; pero al *público* de este *pueblo* no se le entiende, porque tan pronto aplaude una cosa como la silba; le gusta hoy lo que ayer le irritó, y, en

fin... que si cae uno de pié, le aúpa, le aúpa hasta levantarle muy alto; pero si se descuida, cuando está alto suelta de pronto y da uno la gran caída.

—Vamos, Pajarín, que Vd. no puede quejarse; que la verdad es que su trabajo gusta y aún más sus buenos deseos.

—Diga Vd., Sr. Folías, que me aplauden la mayor parte de las veces; siempre, ¡qué caramba! porque ven lo que valgo y que llego á donde otro... aunque me esté mal decirlo. Y ya que usted tantas veces se me ha ofrecido, voy á encargarle que diga á su amigo el *escritor* que *escribe* la revista en el periódico *El Tronío*, que ponga—escuche Vd. bien—que ponga, que el primer toro que á mí me tocó era tuerto del ojo izquierdo, ó al ménos reparado, y que los tres capotes que le habian dejado en la cabeza los chicos de Sabandija, se la descompusie-

ron en términos de que no era fácil arreglársela.

—Así lo haré, con mucho gusto, y mi amigo me complacerá porque nos queremos como hermanos, y á él creo yo que lo mismo le dará poner una cosa que otra.

—Oiga Vd., que tenga presente que yo he venido cansado del viaje, que al fin son cerca de cien leguas en veinticuatro horas; y gracias que he venido solo en mi departamento...

—¿Ha venido Vd. en primera, supongo?

—No, señor; en primera han venido los chicos, pero yo he venido en ese coche que llaman Pekin-cuál, ó no sé qué...

—*Sleepign-carr* quiere Vd. decir. ¿Y en qué tren han llegado?

—En el nuestro, en uno especial mandado poner á propósito. ¿No vé usted que si no, no llegábamos á tiempo?

—Así me gusta; ¿para qué es el di-

nero? Si las empresas de ferro-carriles lo entendieran, tendrían en todas las líneas un tren taurómico, como hay un tren Real, con cuantas comodidades exige el más refinado gusto; y las empresas de plazas de toros debían pagar todo eso, y...

—Ande Vd. que ya lo pagan, y ellas lo cobran con usura, despellejando al público; pero eso no me importa.

—Lo que sí quiero también decirle es que para matar el último toro me estorbaba tanta gente como en esta plaza se permite bajar al redondel, y... lo que Vd. quiera. Respecto de lo demás, pongan lo que mejor les parezca; pero exigirme que haga yo, siendo el último, y cobrando menos por consiguiente, que los demás, tanto como los primeros hagan, no me parece justo, y eso que yo valgo tanto como el mejor, y si no ya lo verán.

El Sr. Folías no contesta á este

final párrafo de encantadora modestia. Unicamente se permite decir en voz baja: «Para valer tanto como aquellos, poco se necesita.»

—¿Sabeis, dice un tercero, lo que he oido yo decir á Sabandija? Pues sencillamente: que el público era un estúpido cuando le silbaba porque no se acercaba y porque tomó el olivo. ¿Qué quieren, que me deje coger y me mate un buey? Que los mate á ellos y á su madre y á tóa su casta.

—No decia eso del público, cuando daba la vuelta entera á la plaza, montera en mano, dando gracias por los aplausos que fuera de tiempo le prodigaban, por haber hecho un quite al picador Sandía, lo cual no tiene tanto mérito que no lo sepa hacer el último banderillero, si él le dejara.

—Nada, Pajarín, riéte de cuentos y no te amosques. Los toros dan y quitan, y si hoy te ha venido el santo de espaldas, otro día vendrá de cara. Los

guapos no se atolondran por eso. De un valiente puede salir algo, pero de un miedoso *nequaquam*. A beber y divertirnos; que traigan manzanilla, y á cantar.

—Bueno; que vaya Pelufres al Colmado y pida seis botellas, y para Sin-sabores, que mande traer chocolate con bizcochos, que no le gusta beber.

—¡¡Malo, malo, malo!! En mis tiempos oí decir á Juan Leon, que no podía ser buen torero el que se desayuna con chocolate, en vez de tomar peñas-caró. ¡Si en lugar de ágrío, toma dulce, qué puede tener sino tripas de merengue cualquier mísero mortal? Por falta de hiel, ese chiquillo cuarteá tanto al entrar, se pasa dos y tres veces y clava de sobaquillo, siempre por un lado. Dale un repaso, Pajarin, que yo he visto á Redondo ocupar toda una tarde el callejon sin pisar el ruedo, porque una vez, sólo una vez, se pasó sin clavar los palos. El chico tenía ver-

güenza y estuvo abroncao durante la corrida.

—Yo no puedo hacer eso con Sin-sabores, ni nadie tampoco con ninguno. Hay poco para escoger, y además á ese muchacho me le tiene recomendado el Marqués de Barbacana y su señora, que me proporcionan plazas por sus influencias. El aprenderá y se hará aplaudir, porque aunque no sepa mucho, es muy liberal y da la mano á todos, y convida á muchos, y va con los señoritos á las becerradas. Ya vé usted, es tan campechano, que siempre anda á caza de divisas para regalar á la gente de los tendidos. Sabe, sabe dónde le aprieta el zapato.

—Lo mismo te pasa con Sandía. Siempre sale á costalada por puyazo. Más caballos le han muerto en la temporada, que acémilas se perdieron en la guerra civil. ¡¡¡Y cuidado, señores!!! que... no digo nada, porque eran amigos míos los contratistas.

—Pero, hágase Vd. cargo, D. Blas, que los caballos en su mayoría no tienen condiciones para la lidia.

—Toma, ya lo sé; pues esa es otra de las cosas que critico. Si tuvieran presente los picadores que «el principal requisito que deben agregar á un reconocimiento fundamentado, es la séria y puntual eleccion de caballos á propósito para resistir el combate de una fiera de tan conocido valor como es un toro,» (1) no caerian tantas veces y podrian manejarse; pero entonces serian picadores como lo eran Corchado, Puyana, Miguez y Clavellino. Y todavia se enfada si le silban, como la otra tarde sucedió con Morfina, que rasgó un toro desde el brazuelo á la cola.

—Oiga Vd.; le he estado escuchando con paciencia, sin decir esta boca

(1) PEPE-HILLO: *Arte de torear*.—Capítulo 2.º, página 32, edicion de 1804.

es mia, por respeto al matador Pajarín que está presente. Aquí no se viene á hablar mal de nadie, ¿está usted? y en cuanto á Morfina, que es compadre mio, si rasgó aquel toro, fué porque se le entró suelto cuando venia empapado en un capote, ¿está Vd.?; y lo mismo hubiera Vd. hecho en defensa propia ¿está Vd.? La culpa de todo la tiene el director de la plaza, permitiendo ó mandando que los capotes á fuerza de correr y recortar los toros les quiebran las patas ¿está Vd.?, sin tener presente que hay disposiciones que lo prohiben (1).

—No hay que sulfurarse, hombre, y vamos á cuentas. ¿Deben los picadores salir á los medios como ahora salen? ¿Deben llevar cinco peones lo ménos á su lado izquierdo, á manera de guer-

(1) Reglamento aprobado por el Gobernador de Madrid en 14 de Febrero de 1880, art. 61. (Citamos este como más moderno, que en todos cuantos se han dado hay igual disposicion.)

rillas avanzadas? ¿Deben consentir que les traigan los toros á punta de capote? ¿Deben tolerar que cojan el bocado del caballo los monos sábios, y á veces los mismos espadas, y se le echen encima de las astas? Dice Vd. que no, y dice bien; y por lo tanto, estoy en mi derecho, al asegurar con razon que esos no son picadores, ni saben lo que llevan debajo, ni lo que tienen en la mano, ni lo que ven al frente. Entren todos, amigo mio, y salga el que pueda, que alguno podrá salir, ¡pero serán tan pocos!

—Pues, que tome el pueblo lo que hay y se aguante. ¡Siempre, que los picadores son malos, los banderilleros peores y los espadas inaguantables, y andan las gentes que así murmuran, poco ménos que á palos para obtener billetes!

—Tiene Vd. razon. Casi, casi, me voy convenciendo de que si el arte de torear está perdido, que si las reglas

de tauromaquia se han olvidado, no hay que culpar precisamente á los lidiadores, sino al público que aplaude lo malo, al público cuyo gusto está pervertido, que no vá á los toros á presenciar la habilidad del torero, sino á reir, gritar y jalearse á los que son santos de su devoción, siquiera no sepan por dónde andan. Hay gentes, que en lo mejor de una suerte, arman una sonata á cualquier individuo que está en los altos, por si habla con una moza demasiado *apegado* á ella, por si á ella se la vé el pié, ó se la ha caído una flor; en fin, por cualquier cosa, y no se cuidan de ver cómo la suerte se ejecuta, pero sí de aplaudir si aplaude el vulgo, sobre todo si es al espada que más simpatías tiene entre ellos.

—¿Y Vd. cree que eso es siempre casualidad? Pues, no señor, hay mozos tan listos y tan agradecidos, que han inventado armar bronca con cualquiera en los tablados, unas veces de ver-

dad contra el inexperto que critica, y otras de mentirigillas entre ellos mismos, para que la atencion se fije allí, no mire al redondel, pase el tiempo, el toro aburrido se eche y vaya vivo al arrastradero (1) y mientras la silba de unos á otros y la gritería, disimula la que al espada le conceden los más entendidos y pacíficos. Amigo mio, en todo lo que sea disimular la verdad, en usar de artificio se va llegando á la perfeccion. Tengo la seguridad completa, de que ningun torero sabe de eso una palabra, que eso lo hacen sin contar con nadie esos partidarios entusiastas que se dejan romper la cabeza sosteniendo que Rostrito es mejor que Mayoral, pongo por caso, y no saben si mientras ellos litigan con

(1) Los inteligentes dicen que el toro va vivo al desolladero, cuando ha muerto de muchas estocadas, ó aunque de pocas, si para conseguir que se eche intervienen los capotes de los banderilleros, mareándole y haciendo que el estoque se ahonde.

otro tal, sobre la inteligencia y demás circunstancias de los artistas, estará la mujer de visita en casa ajena, ó comprando peines de asta imitados ó naturales. Entretanto la *cosa* pasa, y á otro. Rábia el entendido, aunque no silbe nunca porque sabe bien que la vida de un hombre pende de una silba más ó ménos merecida, á veces de una voz inoportuna; y aplaude el ignorante, antes entretenido en la *guasa*, si el torero silbado, en cuanto sale otro toro le recorta con verónicas en un quite, ó le hace un final de capote recortándole. Vuelvo á decir que el público es el que tiene culpa de ello: en general, quiere más al torero que á el arte, y no va á las corridas á ver trabajar, sino á aplaudir *al suyo* y censurar á todos los demás. Si aquél torero por quien tiene simpatía trabaja mal, le disculpa diciendo cuando más, «qué repasata le daría yo, *por no querer*, á Fulanito» pero peores son los otros; y nun-

ca le critica y siempre le ofende que los demás lo hagan, y siempre tambien para defender al *suyo* acrimina á los demás; como si no pudiera tratarse, apreciarse, aquilatarse el mérito de un hombre sin establecer comparaciones.

—Habla Vd. como un libro, pero ni Vd. ni nadie gobernará eso. ¡Me hace gracia! ¡Conque si á mí me gusta Pajarin y es mi amigo, voy á ir á la plaza á gritarle aunque lo haga mal!

—Es que yo no lo hago mal nunca; son los toros, que no se prestan.

—Claro; y las malas voluntades, y... ¡Pero cuándo viene Pelufres? ¡Se habrá dormido?

—Ya vendrá: decia, señores, que yo, ni nadie, lo hacemos mal, porque queremos hacerlo bien. Que el toro se cuele y quiere coger, pues á cogerle nosotros á él, aunque sea desprevenido: que se huye y no acude, pues á

despacharle como se pueda: que es noble y boyante y los capotes le llaman la atención, pues arrancarse á él cuarteando y al apercibirse de lo que tiene encima se encontrará con un sablazo que por fuerza ha de aplaudir el pueblo. ¿Se puede hacer más toreando, caballeros?

—¡No, señor! ¡Tiene razon Pajarín! ¡Este es de los que se acercan! ¡Olé por los valientes!

Y con estos plácemes y estos jaleos, suena de cerca el bordon de una guitarra que sujeta Folías con la mano izquierda, y que prepara para templarla, á tiempo que Pelufres entra con un mozo portador de una gran bandeja de boquerones y de unas botellas de manzanilla y Jeréz.

—¡Ea señores, á tomar algo! Usted, Folías, entone unas peteneras; tú, Juanin, á ver cómo te bailas segun sabes, y... acábese el mundo.

—¡A beber y á vivir!

CAPÍTULO XIV.

El viejo aficionado.

—¡Señores, cómo se deja sentir el calor! La tarde ha estado sofocante.

—¿Has empezado así la revista de toros?

—No la he escrito todavía; quiero recoger antes vuestras impresiones, y sobre todo oír la opinión del señor D. Justo, muy respetable para mí, ya que tenemos la suerte de verle hoy en nuestra reunión, contra su costumbre.

—¿Te chuleas, grillo, ó te tiro la jáula? ¿Quién compra juncia?

—Estás equivocado, Pepe, y mejor sabes tú que nadie cuánto se quiere á D. Justo en nuestro círculo. ¿Ha-

breis salido contentos de la corrida, eh? Verdad que el ganado no ha dado mucho juego en general, y que dos toros han sido quemados, pero el primero y quinto han salido pegando, sobre todo el quinto, que ha confirmado el dicho de que *no hay quinto malo*.

—Indudablemente ha sido el mejor de la tarde, pero no se le puede calificar de sobresaliente. Sabia herir, y como ha despachado cinco caballos, se le ha considerado bueno y más que bueno, sin reparar en que ha habido que buscarle en todos los sitios de la plaza, y en que una vez dado el hachazo, se salia de la suerte sin recargar.

—Dice bien Cárlos; tomaba las varas sin codicia. Yo no sé qué tiene esa ganadería de poco tiempo á esta parte. ¿Han observado Vds. que hay tanta desigualdad en las reses, que unas salen bravas, duras y creciéndose, y otras blandas que concluyen por huirse?

—Consistirá eso en que ahora los ganaderos falsificarán el ganado, como los comerciantes el vino ú otro cualquier género. Tendrán reses *extra*, superiores, de primera, de segunda...

—¡Já, já, y de cuarta y de quinta! ¡Qué cosas tiene este D. Justo!

—Señores, hoy nos presentan en plaza para corridas de empeño, como la que acabamos de ver, toros de las vacadas más acreditadas, flacos, mal armados y pequeños. Esos mismos dueños, en la provincia inmediata, presentaron hace ocho dias un ganado grande, corpulento, fino y de buen trapío; y hasta en la corrida de hoy, díganme Vds. si se parecían en algo al primer toro los demás de su casta. Insisto, pues, en que así como desde 5 pesetas á 25 hay champagne de seis clases ó más, de 2.000 á 7.000 rs. han hecho los ganaderos cinco clases, lo ménos, de toros de una misma ganadería. Vamos, lo mismo que hacen los

tenderos con los garbanzos, los criban para apartar los gordos de los medianos, y los medianos de los pequeños.

—Pero, señores, si hacen eso los dueños de vacadas, no venderán todas las reses al mismo precio. Las lidiadas hoy eran de cuarta clase á pesar de haberlas ido á contratar dos Congregantes con gran acompañamiento, y segun mis noticias, no costará ménos cada toro, incluyendo los gastos del viaje, de 8 á 9.000 rs.

—¡Ave María! Ni tampoco 4.000, lo demás seria escandaloso.

—¿Y á quién echan Vds. la culpa, al ganadero que se ha convertido en usurero mercachifle, ó al comprador que paga lo malo al precio de lo bueno? O no lo paga y...

—¡Qué lengua tiene Vd., D. Justo! Habla Vd. poco, pero con mostaza.

—Es el único privilegio que tenemos los viejos, hablar con descaro y sin temor á nadie ni á nada. En cuan-

to á que hablo poco, no siempre, amigo D. Luis. Soy tardío pero cierto. ¿A que ninguno de estos señores que escriben revistas, dice nada en su periódico de esa... entruchada que las empresas suelen hacer? Y de los toreros ¿qué piensan decir? Vd. D. Cárlos emita su opinion.

—Pues, nada: diré que han estado regulares; que dadas las condiciones del ganado no han podido lucirse; que han demostrado buenos deseos, que han hecho cuanto han podido...

—Y diciendo todo eso no dirá Vd. la verdad; porque ni han estado regulares ni han querido trabajar.

—Vaya, D. Justo, que aquellas largas de Sabandija al quite de Sandía en el primer toro, demostraban que habia voluntad y afan de agradar.

—Ni *aquello* eran largas ni cortas, ni se dieron con más fin que el de cortar patas al toro, y si acaso arrancar de ignorantes un aplauso. Llaman

ustedes largas, á correr un toro hasta los medios ó más, despues de haberle sacado con verónicas, y *no es eso*. Aplauden luego un *recorte* como término de aquella carrera, siendo así que por los daños que causa lo tienen prohibido todos los Reglamentos que ha habido desde que se publicó el primero. Y nada hablan en los periódicos de esta faena, ni de la peor de los picadores que nada valen actualmente.

—Excepcion hecha de los Bemoles y de Tenazas, que de esos, amigo Don Justo, creo no tendrá mucho que hablar.

—O sí, Sr. D. Cárlos; que no es oro todo lo que reluce; al que tiene agilidad le faltan fuerzas, y á Toni que tiene fuerza le falta mano izquierda.

—Eso no, y perdone Vd., dijo un gomoso de escasos veinte años, que hasta entonces no habia dicho esta boca es mia: vaya si tiene mano izquierda ese bárbaro. No hace mucho

me arrimó con ella, una bofetada de revés que llaman de cuello vuelto, que me hizo ver hasta las profundidades del Averno y las alturas del Olimpo. Es muy bruto.

—Jesús, hijo mio, D. Almíbar y ¿cómo lo aguantó Vd.?

—No ven Vds. que dijo que jugando se le habia escapado la mano, porque antes á mí se me habia escapado la lengua? Cuando es juego no hay motivo de queja.

—Dice bien D. Almíbar; sobre todo, si los juegos son... así, cariñosos, de amigos, ¿eh?

Una de las cosas, continuó don Justo, que sucede con alguna frecuencia en el redondel, es quitarse las suertes unos á otros toreros, en los quites, en banderillas y hasta en picar. En esta última se repite con más frecuencia el abuso, sin que las autoridades lo corrijan como deben, ya que los matadores de hoy, segun se vé, no tienen

prestigio alguno para hacerse obedecer (1). Pero bien pensado ¿qué autoridad puede tener sobre sus compañeros, un jefe de cuadrilla que muchas veces hace otro tanto?

¿Por qué no claman Vds. también contra la práctica abusiva de ejecutar suertes *nuevas*, que se llaman así porque no hay otro nombre que darlas, no porque realmente lo sean? ¿Son acaso suertes de torear, dar con la montera ó con un zapato en el testúz del toro, arrojar el espada la muleta y valerse de un pañuelo al tiempo de herir, picar con el regatón de la vara y otras por el estilo? La suerte nueva, para serlo en realidad y podérsela considerar así, ha de tener la circunstancia de que pueda y sepa aplicarla el inventor teóricamente y en todos sus

(1) No puede llamarse suerte propia la que se hurta á otro... quien así las hiciere todas, á ninguna puede tener por suya.—MESÍA DE LA CERDA.—En Córdoba, 1653.

detalles: ha de ser practicable por todo el que realmente sea torero, y al decir torero, me refiero á los que tienen las condiciones que para serlo exigió Montes; y además de eso, ha de reunir tambien la circunstancia de que á la belleza estética, y permítanme la frase, acompañe la utilidad en la ejecución. Más claro; que si la suerte inventada sirve, como todas, para denotar la superioridad de la inteligencia sobre la fuerza bruta, pueda tambien utilizarse en casos apurados para evitar una cogida ó al ménos para atenuar sus efectos. El volapié que inventó Costillares, y el quiebro inventado por el Gordito, son de las suertes verdaderas que sirven ó pueden servir de mucho; que un toro aplomado es imposible matarle bien de otro modo que á volapié, y á veces un quiebro de cuerpo libra al torero del hachazo (1). Por lo

(1) Lo que muchos años se ha observado por razon, no se puede alterar sin ella con disculpa.

demás, queridos amigos, son tantas las denominaciones que ustedes y sus antecesores en revistas taurinas, dan y han dado á los mil incidentes de las corridas de toros, que concluirán por no entenderse y no dejarnos entender. ¡Alto! señores, déjenme continuar la plática, ya que con sinceridad ó con gana de criticarme han querido que yo hable; escuchen y tengan paciencia, aunque haya alguno aquí que pueda acordarse del refran español: «el que escucha, su mal oye,» y vamos á cuentas, digo, si Vds. lo permiten...

—Que, sí señor; le oimos con gus-

Quejosa debe estar esta facultad de los profesores que con negarle las reglas que se deben guardar en ella, le destruyen los fundamentos para que lo sea, pues si en estos no hay preceptos que deban guardarse, cada uno lo podrá obrar segun su antojo, y bastando esto para cualquier mudanza, nadie toreará ni bien ni mal... Si cualquiera cosa puede hacerse, pues no hay regla que la apoye ó condene, no pasará la razon y la experiencia.—MESÍA DE LA CERDA.—En Córdoba, 1653.

to, pero respetando sus opiniones, hay aquí alguno que le pedirá permiso para hacer observaciones.

—Convenido y concedido; con una sola advertencia. En el momento en que las observaciones se conviertan en disputa, dejo de contestar: que yo discuto pero no disputo. Decia, queridos míos, que han inventado los modernos aficionados, los revisteros y algunos que no son lo uno ni lo otro, tal abundancia de nombres para las suertes, que forzosamente han de originar dudas, contiendas y ambigüedades. En la suerte de matar sobre todo, yo he perdido la cuenta de tantos modos como parece hay de dar las estocadas, si se atiende uno á la moderna nomenclatura; pues, llaman, aguantando, arrancando, encontrándose, á un tiempo, al encuentro, andando, y qué sé yo qué más, á lo que se encierra en dos sólomente conocidas de antiguo. Recibir y á volapié. El mata-

dor que parado espera al toro venga de cerca ó de lejos, llamado ó alegrado con cite ó con flameo de muleta, RECIBE: el que se va al toro estando este quieto, dá el VOLAPIÉ: pero ya se vé, han tenido necesidad los modernos de hacer subdivisiones porque rara vez ejecutan los toreros dichas suertes perfectamente, sobre todo la última, á la que se tiran unas veces de lejos y cuarteando, lo cual es á paso de banderilla, aunque lo llamen arrancando; otras de cerca y por derecho, pero sin estar el bicho aplomado, por lo que tambien él se viene, al ver cerca el objeto, y lo llaman encontrándose, ó á un tiempo, segun sea más ó ménos simultánea la entrada de ambos en el centro de la suerte; y otras de distintos modos casi indescriptibles. Vds. y otros escritores, sin duda para hacerse entender mejor, han inventado esas voces originadas por la mala ejecucion de las suertes principales, primi-

tivas é indiscutibles. Si al fin todos usasen dichas voces con igual aplicacion, nada se habria perdido; pero si se arma tal galimatías cuando hay más de dos aficionados, y no quiero decir periódicos, al oírles definir ó explicar una suerte, que no hay quien los entienda. Uno dice se tiró al volapié: otro, si cuarteó desde largo, eso fué á paso de banderilla: otro, no, señores, es que el toro se le arrancó antes de que él llegara, lo cual hace creer, que no estaria el matador muy cerca: otro, si cuando metió el brazo ya habia pasado la cabeza y por eso le atravesó.

Resultado que el que no lo haya visto, no lo entiende; y el que lo haya presenciado forma su opinion particular, y entonces para nada sirve la explicacion ni el periódico.

CAPÍTULO XV.

Bomba final.

—Tiene Vd. razon que le sobra, y más de una vez, por lo que á mí toca, he querido censurar con severidad esa conducta; pero, amigo mio, no siempre se puede lo que se quiere.

—Querer es poder; y cuando la justicia guie los pasos de Vd., tenga seguridad de que ha de llegar al fin que se proponga.

—No sea Vd. intransigente, ni tan absoluto en sus conclusiones, amigo D. Justo. Yo, como todos los que escribimos, sea de toros, sea de... lo que usted quiera escoger, tengo que seguir la marcha que el periódico se ha im-

puesto, ó le han impuesto; y si en nuestras apreciaciones podemos perjudicar los intereses de la empresa en cualquier concepto, debemos cejar en nuestro propósito y hacer muchas veces abstraccion de la opinion particular, sacrificándola en aras de la más general ó de la que más convenga al propietario de la publicacion. Usted comprende bien qué no es justo hacer daño á nadie y ménos á quien paga.

—Lo que yo comprendo es, que el que dice la verdad ni peca ni miente; que Vds. están obligados á decir y referir con exactitud y sin pasion lo que ocurra en la fiesta, bueno y malo, aquello para el elogio, y esto para censurarlo; y que si alguna suerte ha sido aplaudida sin merecerlo, ó silbada injustamente, tienen obligacion de explicarla y comentarla, con arreglo y sujecion al arte *escrito*, para ilustrar al público, que esa es la mision de la prensa.

—¿Y no conoce Vd. que si la muerte de un toro, por ejemplo, ha sido muy aplaudida, es muy expuesto criticarla al dia siguiente, oponiéndose al torrente de la opinion general?

—O tiene Vd. razon ó no la tiene. Si le asiste, expóngala con los fundamentos que le sugiera su imaginacion, que no le faltarán, porque la razon y la verdad triunfan siempre, y Vd. tiene talento bastante para exponerlas. Conseguirá con eso primeramente hacerse oír, y despues imponerse.

—Pero si ya he dicho que con eso puedo perjudicar á la empresa que me paga, y aunque por lo que á mí toca, renunciase á escribir de toros, otro vendria que haria lo que yo ahora. No sea Vd. intolerante, que se va pareciendo al D. Pedro de Moratin en la comedia el *Café*.

—Ya que Vd. indica ese nombre, y sin querer ofender á los que están presentes, le recordaré que aquel perso-

naje afirmó entonces que «la escena española tiene de sobra quien la abas-tezca de mamarrachos,» y traduciendo este dicho, aunque sea en parodia, aplíquenlo Vds. á tantos y tantos re-visteros de toros como de pocos años á esta parte han brotado de la tierra, sábios de pronto en tauromaquia, que se contentan con decir «era el toro de muchas libras, blanco y negro, le pu-sieron seis varas, le clavaron tres pa-res y murió de una honda hasta la em-puñadura,» omitiendo las condiciones de las reses en sus tres estados, lla-mando blanco y negro á la pinta que no se conoce con ese nombre, ni en el vocabulario taurómico, ni en el Dic-cionario de la Academia, y ocultando el modo con que se pusieron los pares y se clavó el estoque. Hablo así, por-que Vds. que son los escritores que redactan los principales periódicos en su seccion taurina, saben muy bien que no nos oye ninguno de aquellos

revisteros; pero tambien Vds. me enfadan cuando *echan el muerto* al público para esquivar la opinion ó juicio que les merece determinada suerte.

—A ver, á ver...

—Claro. ¿Pues qué, no entiendo bien que muchas veces por salir del paso y conociendo que la censura del público no ha sido justa, se contentan ustedes con decir *aplausos, silba*, sin hacer comentario alguno?

—Señor D. Justo, eso es decir la verdad disimulando: no puede irse, vuelvo á repetirlo, contra la opinion general.

—Niego: no es la más general, ni la más entendida; es la que más chilla y alborota, y nada más. Las mayorías no siempre tienen razon, sin que esto sea decir que en ocasiones no estemos equivocados los que creemos lo contrario.

—Respeto la opinion de Vd., pero no me parece que una revista de toros

tenga tanta importancia que merezca entrar en controversia escrita con nadie. Importa á pocos que se hagan mejor ó peor las suertes; la gente lo que quiere es bulla, alegría y... comer y beber.

—Otro abuso: ¡ya permitiría yo, siendo autoridad, llevar á la plaza comestibles ni *bebestibles*, que incomodan á los concurrentes que no saben ó no quieren comer más que á mesa puesta, y no á *dedo*!

—Pero, D. Justo, ¿hasta eso es tambien para Vd. motivo de censura?

—Pues ya lo creo; como que no pasaba en que no se arme contienda en los tendidos y aun en algunos otros puntos, porque los comilones manchan con sus vituallas á los que van á la plaza sólo á ver la funcion, á gozar en la lidia, y á admirar la inteligencia del hombre, su valor y su atrevimiento. Que coman y beban en las afueras, en las galerías, donde quie-

ran, ménos en el asiento desde el que ven la fiesta.

—Pues señor, no ha dejado Vd. títere con cabeza, y dificulto que se le haya quedado nada en el tintero.

—¡Ay! ¡ay! amigo Cárlos, puede decirse tanto todavia que... mejor es dejarlo.

—Lo cierto es, que yo queria oír la opinion de Vd. sobre la corrida de esta tarde, y aunque le hemos oído con gusto, de todo ha hablado ménos de ella.

—¿La corrida de esta tarde, quiere usted saber? Pues, nada... puede usted decir... y se le comprenderá bien, ahora y siempre... que ha sido...

¡¡UNA CORRIDA EN 1883!!!

Con eso, basta; buenas noches, señores; adios, D. Luis.

.....

—¡Qué geniecito el de ese hombre!
¿si creerá que estamos viviendo toda-

via en el año 40? No conoce ó no quiere conocer que los tiempos són otros; que la gente hoy se fija ménos en las cosas, las vé más á la ligera...

—Es un rigorista tan extremado que exige una precision en todo lo relativo al arte, que ya pasa de los límites naturales. Eso ya es manía.

—Achaques de la edad y de la rectitud de su juicio; pero no hay que negarle que es justo en todo, y tan imparcial, que hoy á ningun partido pertenece, ni ningun torero le cautiva: tan apegado es á lo antiguo.—¿Quieren Vds. creer que le faltó poco para llorar cuando vió derribar la plaza vieja de Madrid?

—Me acuerdo, amigo D. Luis; y tambien de aquella composicion poética que hizo imitando la de Rioja á las ruinas de Itálica.

—De Rodrigo Caro, si no te opones.

—Bueno, de Rodrigo Caro. ¿Si vieran Vds. cómo trata á los modernos

una condicion. No permito que aquí se hable de ella, en pró ni en contra, por nadie; que D. Justo es muy querido amigo mio, y sentiria mucho escuchar censuras aunque las merezca. Cuando yo no esté presente, haga cada uno lo que guste. ¿Estamos conformes?

—Conformes, dijeron todos.

—Pues punto en boca, y allá vá.

Á LAS RUINAS
DE LA
PLAZA DE TOROS DE MADRID

empezada á derribar el 17 de Agosto de 1874.

PARÁFRASIS

DEDICADA

A MI BUEN AMIGO D. JOSE CAMARON Y REYNALDI (1)

Estos, Pepe, ¡oh dolor! que ves ahora
campos de soledad, yermos terrenos,
fueron no há mucho, circo celebrado,
donde Madrid con voz atronadora
aplaudia á los hombres, que serenos,
al fiero toro dejaban humillado
á impulso de su espada vencedora.

Aquí trompa sonora
llamó al combate al grande Pepe-Hillo

(1) Escrita hace nueve años, no llegó á verla mi buen amigo, porque no la consideré digna de su ilustracion. Hoy el amigo falta, pero no mi cariñoso recuerdo.

y á Romero el insigne, el eminente:
y, ¡lástima es decillo!
de esta invencible gente,
sólo quedan memorias funerales
que nos dejan el ánimo abatido.

Este llano fué plaza, aquel tendido:
de todo apenas quedan las señales;
de las gradas y extensas andanadas
leves vuelan cenizas desdichadas.
Los famosos corrales y toriles
desechos fueron por peones viles,
y en la desierta arena
el gran pueblo no suena.

¡Gran pena dá el mirar estos despojos!
Triste es á fé, que al recordar la mente
las soberbias hazañas que el valiente
diestro español en este circo hiciera,
¡las lágrimas asomen á los ojos!...
¡Oh! si la generacion presente viera
al coloso del arte, al gran maestro,
al eminente MONTES, al *divino*,
ante quien muda se postró la fiera
atónita al mirar á aquel tan diestro
que fuera desatino

quererle describir: si peregrino
lance de capa ó pase de muleta
le viera ejecutar, quieto, parado,
con ánimo sereno, cual atleta
seguro de vencer; y que esforzado,
con sólo su saber, hiciese al toro
morder la arena, débil, jadeante,
rendido, y sin poder y vacilante...
entonce sí que aquella, por decoro,
su importuno entusiasmo apagaria,
que emplea mal, gozosa celebrando
sombras no más, que andando el tiempo, andando,
producirán mortífera agonía.

Pepe; si tú no lloras, reflexiona
que aquí Corchado, famoso por sus brazos,
allí Puyana, más acá Sevilla,
y muchos más que fija y amontona
la historia en nuestra mente, cual pedazos
de gloria del toreo, en nuestra villa
lucieron como diestros picadores;
que ya no hay quien iguale
al famoso Jordan, ni al gran Capita,
que asombraron á mil espectadores
clavando rehiletos; que se sale
del angustiado pecho, voz que grita:

«*Los diestros que el toreo enaltecieron
al impulso del tiempo sucumbieron.*»

.....

.....

Vete de aquí, por Dios, Pepe querido,
tu vista aparta de tan tristes restos
del taurómaco arte,
y renuncia por siempre al atrevido
y grandioso espectáculo; que aquestos
escombros que á esta parte
desparramados ves, no son más cosa
que del TOREO simulada fosa.



ÍNDICE

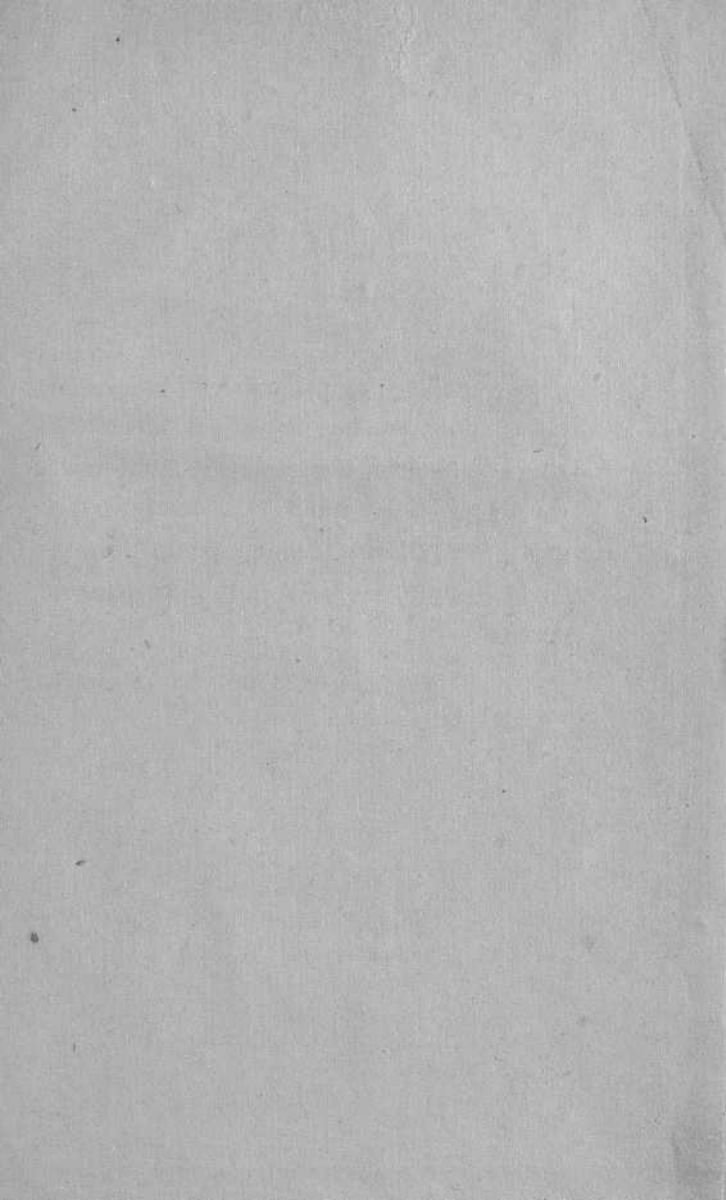
	Págs.
DEDICATORIA.....	5
ADVERTENCIA.....	7

ANTAÑO

CAPÍTULO PRIMERO.—Preliminares.....	13
CAPÍTULO II.—Los ajustes.....	31
CAPÍTULO III.—El Bando.....	51
CAPÍTULO IV.—La plaza.—Gloria, la Ninfa.	61
CAPÍTULO V.—Despues de la corrida.....	71
CAPÍTULO VI.—Continuacion del anterior..	87
CAPÍTULO VII.—La despedida.....	99

OGAÑO

CAPÍTULO VIII.—Anteproyectos.....	113
CAPÍTULO IX.—Los contratos.....	129
CAPÍTULO X.—Murmuraciones.....	143
CAPÍTULO XI.—A los toros.....	151
CAPÍTULO XII.—Críticas y comentarios....	171
CAPÍTULO XIII.—La casa de un matador...	187
CAPÍTULO XIV.—El viejo aficionado.....	203
CAPÍTULO XV.—Bomba final.....	217



Se vende en las principales librerías, en las administraciones de los periódicos taurinos de Madrid, y en casa del autor, calle de la Magdalena, núm. 38, á donde se dirigirán los pedidos, acompañando libranza de fácil cobro. — No se admiten sellos de correos.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número... 272

Precio de la obra.....

Estante... 77

Precio de adquisición

Tabla..... 6

Valoración actual.....

Número de tomos.....

228
228
TO
INT
228
228
228
228

222222

222222

212

222222

DE MARIA

LAS

TORREES DE

INTAN Y BOS

DE OGAIÑO

222222

222222

222222

222222